

Para sanar el alma

Para sanar el alma

Dr. Ernesto A. Almenares
Colección narrativa

Para sanar el alma

Dr. Ernesto A. Almenares

Colección narrativa

Reservados todos los derechos de la presente edición a favor de:

Dr. Ernesto Almenares & Publicaciones
Miami Editorial
Miami FL 2012

Diseño de portada: Herick de Haro

Edición: Equipo de Publicaciones Miami

Telef: 786 263 2043

Internet: www.publicacionesmiami.com

E-mail: info@publicacionesmiami.com

Prohibida la reproducción total o parcial de la siguiente edición sin previa autorización de la editorial.



Nota de la editorial

Para sanar el alma llegó a las mesas de Publicaciones Miami editorial a mediados de octubre del año 2012. Solo una hojeada al manuscrito fue necesaria para tomar la decisión de llevar a cabo este proyecto. Historia que te envuelve y te atrapa, tan real como la propia vida.

Para sanar el alma es una visión. Relato cargado de mensajes para aprender a ser mejor ser humano, mejor amigo.

Muchas veces las historias simples son aquellas que vienen cargadas de verdades. Son esas que traen la reflexión más suprema y fuerte. Enseñanzas como estas son las que encontraremos dentro de estas páginas. Todavía circulan en los labios de todos por los que ha pasado este libro, las frases llenas de sencillez e inteligencia de uno de sus personajes.

El Dr Ernesto Almenares logra con este, su segundo título*, transmitir un filosofía de vida. Con un lenguaje fácil y ameno, nos muestra un camino que está al alcance de todos pero que desgraciadamente muy pocos encuentran, ese camino que guía nuestros pasos por la lealtad, la entereza, y la pulcritud del alma.

Para sanar el alma logra el objetivo. Hacer más llevadera la carga de esto que llamamos vida.

Equipo de Publicaciones Miami

*el Dr Ernesto almenares tiene publicado anteriormente “Radiestesia para la vida.”

Del autor

Alegría o sufrimiento, dolor o placer, angustia o entusiasmo, preocupación o sosiego, triunfo o derrota, odio o cariño. Son todas simples fragmentaciones de una misma realidad, desplegada en el tiempo para su interpretación y comprensión.

Más allá de los pares de opuestos donde todo parece ir bien o mal, donde lo bueno y lo malo dependen del ángulo del que se observe cada suceso, existe una línea intermedia de equilibrio donde los pensamientos pierden su sentido común.

En esa línea perfecta habita el espíritu de la naturaleza, el alma encuentra paz y produce sanación.

A esa línea fluctuante, pero estable en su movimiento, le podríamos poner un nombre de instante en instante, como si cristalizara para poder ser vista y comprendida. Le llamaríamos aceptación y constituye por sí misma una fuerza milagrosa.

Sí la lleváramos al plano de las actitudes “humanas”, veríamos que lleva implícito el legado de un maestro sin igual, Jesús. Entonces le llamaríamos perdón.

Este relato propone una búsqueda de aquellos aspectos de nuestras vidas que fueron suprimidos sin llegar a cumplir su verdadero objetivo existencial. Busquemos y perdonémonos cada fragmento impugnable de nuestras vidas con un sublime fin: “Para sanar el alma”.

*Agradezco cada logro a mi abuela Alida García Cid,
que a los 93 años de vida continúa dándome aliento y
fuerza espiritual para conservar la luz del perdón.*

Dr Ernesto Almenares
Guanajay. Artemisa.
Cuba Octubre 2012

Para sanar el alma

Capítulo 1

Para sanar el alma

No sé cómo fui a dar a ese lugar, fue tal vez la necesidad de olvidar el mal momento. La rabia se me mezclaba con un sentimiento de tristeza comparable únicamente con encontrarse solo, en algún planeta olvidado a cien mil estrellas de otro inhabitado y nada más; en un universo sin flores ni mariposas, sin canto de aves, sin sonido del mar y sobre todo sin el sonido de la risa de la gente. La gente que en ocasiones te abrumba, pero imprescindible para recorrer este largo, incomprensible, en ocasiones corto e indescifrable pasaje al que llamamos vida.

Creo también que fue buscando refugio de las miradas para poder llorar, sí, fue sobre todo eso; la rabia me tenía poseído.

Desde niño sentí pudor por llorar delante de las personas adultas, aunque después de adulto me hayan sobrado razones para llorar como un niño y entonces simplemente no supe hacerlo.

Arrastraba los pies, como queriendo barrer todo el polvo para no dejar huellas mientras rebuscaba un poco de penumbra, atravesé algunas callejuelas que parecían despobladas a esa hora de la madrugada. Quizás la temperatura algo fría influía en el silencio dentro de las casas de alrededor, aunque se distinguían luces con cambios de intensidad a través de algunas puertas maltrechas, de tabla corroída por la humedad y la ausencia total de pintura que las protegiera; con seguridad producto de la actividad perenne de noctámbulos y tele-cinéfilos. La falta de privacidad suele ser la consecuencia de la pobreza prolongada en algunos barrios.

Recordé las palabras de mi madre cuando adolescente: ¡Cuidate de los amistosos que salen de la oscuridad ofreciendo ayuda que no ha sido solicitada! Mis padres me tuvieron en el otoño de sus vidas; eso los hacía sobreprotectores.

Había sido una noche fantástica a su lado. Ella resplandecía de alegría; su entusiasmo era contagioso para todos, aunque debí sospechar, pues su mejor amiga permanecía algo seria y silenciosa dentro de tanto alboroto; me había saludado incluso algo inhibida.

Quizás mi mayor dolor brotaba de mi propia ingenuidad, mantenida justo hasta el último instante. ¿Cómo se puede ser tan cruel? ¿Será un arte de la diosa Venus, solo aprendido por las mujeres? La belleza, unida a la frialdad, es una mezcla letal para hombres sensibles, de los cuales me considero un miembro por convicción.

De todas formas nadie es culpable de amor y mucho menos responsable por el sentir ajeno. Sí pudiéramos manipular los sentimientos de los demás el mundo se convertiría en una guerra cuyas armas más destructivas serían las emociones.

El recordar su belleza silvestre, su espontaneidad, me hacía creer imposible una vida con solo acceso a su amistad, a recibir correos que con el tiempo irían disminuyendo hasta convertirse en saludos enviados a través de terceros. ¿Por qué esperó hasta hoy para decírmelo? O ¿Era tan evidente que solo yo no me daba cuenta?

En medio de tanto tráfico de ideas surgió, como un rayo de entre la oscuridad, una sombra que amenazaba con impactarme. Temiendo lo peor, giré sobre mi pierna izquierda ligeramente acuclillada extendiendo la derecha para interceptar la figura que aún no atinaba a ver con claridad; incliné mi tronco hacia atrás dejando fuera toda posibilidad de que mi rostro fuera alcanzado por algún objeto en movimiento lejos del alcance de mis manos. Percibí la baja estatura. Ya mis manos rozaban el cabello y su espalda en dirección a mi rodilla derecha, pretendiendo golpear y luego proyectar lo que de repente, como un milagro entre mis manos, se convirtió en un niño. Tuve que recoger mi talón hacia atrás ágilmente para evitar golpearlo.

Un niño con un rostro tan asustado como supongo tendría yo el mío. No tuve tiempo de sentir miedo. El cuerpo se puede convertir en un arma cuando ha sido adiestrado por mucho tiempo con ese fin. El susto es una señal de alerta; el miedo, de inseguridad.

Pero mi sorpresa era inmensa y aún sin recuperarme, sobrevino la segunda. Una mujer con un semblante de odio infinito surgió también de entre la oscuridad, cuando ya el niño había logrado refugiarse detrás de mí, sujetándose del borde de mi pantalón, casi a punto de hacerlo descender.

- ¡Suéltalo! -casi rugió la mujer.
Yo retiré mi mano despacio, que apenas sujetaba el pequeño brazo para evitar terminar en calzones. El niño temblaba. Yo clavé mi mirada en la de la mujer.
- ¿Quién lo dice? -pregunté y sentí tensión en mi rostro.

Pero no duró mucho. Al ver la figura femenina más cerca de mí, no pude evitar sentir cierta relajación, olvidando la sabia frase de mi maestro de artes marciales: “Sí consideras a tu enemigo débil, terminarás siendo tú el más débil”.

- Soy su madre y eso me da derecho.
Respiré más acompasado para convertir la relajación en calma; sin embargo, aún me sentía alerta. La joven mujer empuñaba un bastón plástico, pero una separación a la altura de la empuñadura delataba que se trataba de un arma blanca bajo el camuflaje de un bastón y no podía determinar el largo de la misma, al menos no a esa distancia.
- ¡Dijo que me mataría! -gritó entonces el niño, dejando ver con claridad su rostro por primera vez. Para mi sorpresa, ya se percibía sereno.

La vida me envió en ese momento un mensaje que tan solo hoy logro interpretar.

De entre las nubes asomó la luna con tal claridad que logré ver el verde claro de los ojos de aquella mujer semidesnuda, con una bata de hilo blanca desabotonada, permitiendo ver el brillo de un píxel a la altura del ombligo y otros dos, uno en cada pezón. De estatura mediana, color mestizo, pelo a la altura de los hombros, algo ensortijado, que en unos minutos supe mostraba varios colores en forma de vetas.

- Que me devuelva la cámara y llévatelo, si se quiere ir contigo -dijo esta vez con tono irónico mostrando una sonrisa que desviaba su

comisura labial izquierda abultando la mejilla del mismo lado.

Hubo unos instantes de silencio y finalmente el niño mostró la pequeña cámara fotográfica.

La mujer, que ya se hallaba a menos de dos metros, aprovechó la distracción de mi mirada y saltó como una tigresa, arrebatándole la camarita de las manos al pequeño. Dos segundos bastaron para que ante mis ojos la hiciera trizas contra el suelo, pisoteándola y gritando a la vez como en un estado de delirio infernal.

- ¡Sí lo vuelves a hacer te voy a matar, hijo de puta! Mi culo se lo doy a quien quiero y tú no lo vas a anunciar por cinco pesos ¡so maricón de mierda!

La mujer dio la vuelta y salió caminando con tal ritmo en las caderas que yo mismo hubiese hecho unas fotos teniendo la ocasión; eran verdaderamente obeliscos de lujuria que se movían alejándose y junto a ella se alejaba de mi la absurda idea de que Dalaymis debía haberme avisado antes para nuestra separación, cuando en verdad había optado por hacerme sentir feliz hasta el último momento posible.

En realidad, ¿quién puede tener una mujer que trabaje once meses y medio en un crucero pensando en una relación estable?

Ellas siempre tienden a ser más prácticas en la toma de decisiones. Además, trabajar en aquel barco era su primera oportunidad de no depender de nadie, incluyéndome a mí; de conocer una libertad más plena.

Fue así cómo conocí al mejor amigo que tuve y tendré. No podía sospechar el espiral de coincidencias desatadas, todas por la luz que dio la luna llena justo cuando yo pensaba en pelear, convirtiendo mis reflejos en antojos y un suspiro que me arrancó una frase: ¡Su puta madre, sí que está buena! ¿Por qué coño me gustan más las putas que las mujeres con pudor?

Luego recordé a mi Maestro: “Son muchos los que sufren ese mal común, solo estando sobrio puedes evitar llegar tarde a casa”.

El niño había escuchado la frase, aunque pensé fuera tan solo un susurro y exclamó: ¡Otro más que cae en el jamo!

Entonces respiró profundo y dijo:

- Te la debo man, si quieres te la pongo dentro de par de días, cuando se le pase la rabia conmigo, ah... y no es mi mamá, esa es mi tía y se quedó conmigo porque no le quedó opción. Mi madre no se sabe donde está hace alrededor de dos años.
- ¿Qué edad tienes? -pregunté.
- Tengo ocho y no preguntes más. No me gusta tener que decir mentiras a los curiosos. Me llaman Junín. De seguro nos volvemos a ver, digo, sí quieres que te vea lo de mi tía. -y salió corriendo mientras se sacaba de un bolsillo otra camarita idéntica a la anterior.

Tuve que sonreír al comparar la inteligencia suprema de una mujer con la simple picardía de aquel niño, que aparentaba unos siete años pero hablaba con el tono y la seguridad de unos cincuenta bien vividos. De momento no me extrañó tal hallazgo en ese barrio.

Allí vivió mi maestro una parte de su vida y, muy a pesar de la mala fama del lugar, él decía: “Son solo personas necesitadas y olvidadas, que tratan de encontrar su lugar haciendo fechorías a aquellos por quien son casi siempre ignorados”.

Capítulo 2

El rostro de la inocencia

Me encontraba ocultándome de un viejo conocido detrás de unos árboles en el “parque del desconsuelo”. Así lo habíamos bautizado cuando estudiábamos el bachillerato y al parecer cierta nostalgia me tenía cautivo en uno de sus bancos cuando divisé a Franco, el más hablador de todos los que conozco, en realidad muy útil para el aburrimiento, pero este no era ahora mi caso.

A las cinco de la tarde más bien quería estar a solas conmigo mismo, quizás haciendo honor al motivo por el que bautizamos así aquel parque, con más árboles que bancos, con más historias por contar que hojas vivas o muertas de aquel lugar.

De momento, ausente por los recuerdos, perdí de vista a Franco. Rodeé despacio uno de los arbustos y me sorprendió una risa a mi espalda. Una vez más los recuerdos de mi maestro: “Mira primero dónde estás y luego para dónde vas”. Tuve que fingir que sabía de la presencia de alguien; pero no me hizo quedar bien, pues cuando me volteé, quedé sobrecogido.

Habían transcurrido tres semanas del encuentro con Junín y su supuesta tía. Para mi nada había quedado bien en claro, al menos no lo del arma y las amenazas. Me parecieron verdaderas, a pesar de la confusión.

Frente a mí, un niño de rostro reluciente, tez mestiza muy clara, pelo negro ondeado, corto en los laterales, aunque alto al centro con caída hacia delante, permitiendo ocultar una parte de la frente, un poco alta ésta para un rostro perfectamente ovalado; los ojos de un verde tan oscuro como cambiante, según el reflejo del sol. Una estatura próxima al metro y treinta, delgado y huesudo, con apariencia atlética.

Lo reconocí por la mueca de la tía, aunque a él se le unía la mejilla con el borde inferior del ojo izquierdo, pues acompañaba la sonrisa irónica con una especie de guiño como si le molestase el sol de la tarde, que aún a esa hora suele ser intenso.

- ¿Qué, estás de cacería? -dijo y extendió la mano que me continuaba pareciendo la de un niño de seis años y no de ocho, a pesar de la estatura.

Le respondí el saludo, extendiendo mi diestra.

- No... no, me pareció ver a un amigo.
- Vine a verte por lo de mi tía. Yo cumplo mi palabra.
- ¿Qué hay con tu tía? -pregunté fingiendo indiferencia.

Junín dio un paso atrás dejando ver sus atuendos. Short largo, camisa de paisaje campestre de mangas cortas y sandalias de cuero castaño oscuro.

- Oye man, te dije que te lo debía, ella no entiende con nadie, pero le hablé de que nos conocíamos de la escuela, que eras el que patrocinabas las fiestas de fin de curso y me dijo que si la llevas a un hotel, no te va a cobrar. Ahí entro yo en acción y pago lo del hotel, en verdad salí bien con lo de la otra noche y tuviste mucho que ver.

Mi tía, en sus momentos de arrebató, puede matar a cualquiera, de verdad. Dice que le caíste bien, que eres un tipo bien plantado y eso a ella le gusta de algunos hombres, a los que... termina por no cobrarle,... en realidad le ha sucedido solo con dos.

El primero lo dejó cuando cayó preso. Ella dice que allá dentro todos terminan mariquitas. El otro se llevaba bien conmigo, hasta estuvo interesado en ayudarme a encontrar a mi mamá. (Entonces se sentó en la hierba y bajó la cabeza seguida de un corto silencio).

- ¿Y ese dónde está ahora? –indagué curioso.
- Lo mataron... Fue descuido de ella. Le hizo promesas a aquel tipo cuando fue a verlo a prisión y él le creyó; le dieron un tiro por la espalda cuando salía del cuartucho donde ella se mete con sus hombres. Él no se lo merecía. Era un hombre diferente. Hasta estudiaba para hacerse abogado. Se formó mucho alboroto por esos días, pero ella no habló nada y hasta hoy no se sabe quién lo mató. Por eso no me da pena tirarle fotos cuando se descuida. Me las pagan bien y eso a ella no le afecta, si hasta le han traído buenos clientes. -me pareció que estaba improvisando sin rima.
- Junín, y tu mamá ¿a dónde fue?
- Nadie sabe. El Rafa, antes de que lo mataran, había averiguado algo; pero no me quiso decir. Esa sí que era linda. Mi tía es una chancleta al lado de mi mami, aunque vi que te gustó,... vamos, hoy es tu día.
- Junín, yo no funciono así. Si... es linda; pero, además, nunca he pagado por una mujer en mis treinta y dos años.
-recordé mis alardes delante de mi maestro en los días del bachillerato por alguna oferta que me hicieran de pagarme una noche de hotel.

Él sonrió diciendo: “Son dos caras de una misma moneda. Sí hoy dejas que te paguen, algún día terminarás por pagar; está en tu naturaleza”.

Ahora me veía en una situación en la que un niño pretendía pagar para conquistar quizás mi amistad y esto me resultó muy embarazoso.

-Oye, Junín, ¿no tendrá relación lo de tu mami con lo de Rafa? - le dije y miré a sus ojos, que ahora parecían azules.

- Ya yo averigüé quién eres. Trabajas haciendo dibujos grandes para hacer edificios o algo así. Si fueras policía, no me habrías visto más. Por cierto, tu jefe de ahora tiene amistad con el señor Rico, así que ten cuidado que esa gente desaparece a cualquiera. El señor Rico es el padre de mi papá. Todo el mundo lo sabe, pero él nunca me ha hablado de eso. Me ayuda a su manera. Es uno de los que más fotos de mi tía compra, y dice que sí no fuera por su mujer, la tendría trabajando en su casa pagándole los dos trabajos, tú sabes.

No, lo de mi mamá fue diferente. Dicen que ella sabía muchas cosas de la familia de Rico a través de mi padre y que se atrevió a querer chantajear al viejo. A mi papá lo mandaron para España. A mí no me importa mucho. Nunca me trató como un hijo. Yo recuerdo la discusión antes de que mi mamá se fuera. Mi padre le dijo a ella que no estaba seguro de que yo fuera su hijo. Mi mami nunca se comportó como lo hace ahora mi tía y eso la ofendió mucho.

Un día yo voy a saber la verdad y no voy a perdonar a nadie ni aunque me hayan comprado mil fotos. -los ojitos se tornaron de un gris oscuro mientras se ponía de pie, y ahora parecía hacer el guiño con ambos ojos- Mi mamá, me dijo el pastor de la Iglesia a la que va la descocada de mi tía, debe andar por los cielos, yo sé que no hay ningún cielo para las mamás lindas como la mía, porque se formaría tremendo alboroto allá arriba. Donde quiera que esté, quisiera saberlo porque, ¿sabes?, la muerte puede traer consigo paz cuando llegas a conocer la verdad. La Biblia que me regaló el pastor dice que la verdad te hará libre; por eso quiero saber la verdad, aunque no entiendo de qué libertad me habla, porque a mí nadie me gobierna como para sentirme preso como el primer novio de mi tía. La otra noche me recordaste mucho al Rafa, pero él no era tan fuerte como tú. Tu apariencia es engañosa. He realizado mucho ese viraje con otros y casi todos se caen al suelo cuando me volteo sujeto del cinto o el borde del pantalón. Tú hiciste un giro raro y me quedé colgando en el aire. Eso fue lo que me asustó. Perdí el control de la situación.

- Junín... ¿Quién te enseñó a hablar así? -me tenía atónito.
- Bueno, nadie es totalmente malo en esta vida. Quien me enseña a ser fiero en la calle es el señor Rico... aunque tampoco eso vale si descubro la verdad. -y miró sus sandalias tratando de disimular su tristeza e inconformidad.

A partir de aquel momento supe que Junín sospechaba de la familia del padre con respecto a la verdadera historia de su mamá. Supe también con tristeza que era presa de uno de los peores sentimientos que habitan en la tierra, aquel que impide poner la otra mejilla primero y luego te incita a convertirte en juez y parte; más tarde en verdugo; por último, te puede hacer desmedido y terminar siendo el tirano de los justos; un sentimiento que llena la vida a muchos de amargura y para el cual se ha inventado una “cura” que tan solo logra enmascarar lo que para siempre te retorcerá por dentro. A esa cura le llaman venganza y no logra más que enmascarar El ODIO.

Capítulo 3

Lo que le faltó a la luna

- Averigüé también que te dicen “El Duque” – sonrió- sé que no te gusta y que te llamas Leandro, vamos a que conozcas a mi tía con más ropa... y un poco más relajados los ánimos.

Me miró con tanta serenidad que me inspiró confianza y accedí. Caminamos más de veinte cuabras. Mientras caminamos algunas personas adultas y adolescentes saludaron a Junín; sin embargo, él hizo que no lo notó.

- Son inoportunos, además de indiscretos -dijo en voz baja cuando era ya evidente que yo lo notaba.

Pasamos frente al edificio de justicia. Junín tuvo un instante en que casi se detiene. Entonces murmuro entre dientes:

- El pobre Rafa creía en esta porquería y casi me convence -levantó la voz. Ahí también tiene buenos amigos el señor Rico, ¿sabes? Se llama Ricondo, pero se quiso quedar con lo de Rico por pura vanidad.
- Junín... ¿de verdad tienes ocho? -él suavizó su rostro que se encontraba casi rígido mientras hablaba.
- El mes que viene cumpla nueve, me estoy poniendo viejo- ahora rió a carcajadas y sin muecas.
- ¿Me puedes enseñar a hacer esos dibujos? – preguntó.
- No, no puedo ni aunque quisiera, lo que hago

es diseño y tampoco soy tan bueno como para enseñar -en ese instante recordé a mi maestro: “Serás tan bueno como logres sentir que seas”- Pero te puedo ayudar con la matemática.

- En eso tengo de maestra a mi tía que no falla una -me percaté de la ironía.

Finalmente llegamos a la puerta de una casa de construcción antigua, de puntales altos y columnas neocoloniales con escaso o ningún mantenimiento y, por cierto, noté con sospecha la tremenda distancia de donde ocurrió el primer encuentro.

El jardín rodeaba toda la casa y se hallaba totalmente abandonado. Dos gatos bastante flacos hacían gala de parecer dueños de aquel territorio.

No pude evitar la desconfianza y pregunté:

- ¿Quiénes viven aquí, Junín? -noté que no esperaba la pregunta y hubo unos instantes de silencio.
- Yo con mi tía cuando está y una amiga de mi abuelo que pasa todo el día hasta la tarde y luego se marcha para dormir en su casa, que deja sola hasta su regreso. Ella se ocupa de nosotros y es lo mejor que nos ha sucedido después de morir mi abuela.

De pronto, cuando ya casi subíamos los pocos escalones que separaban el jardín de la altura del portal, apareció aquel engendro de mis sueños más eróticos. Por unos instantes sentí que no necesitaba respirar y, por supuesto, no pude evitar el suspiro que fingí fuera producto del cansancio, aunque su mirada no mostró convencimiento.

Era ella, la supuesta tía de Junín. El sol aún no se ponía y dejó ver todo lo que la luna no alcanzó a mostrarme aquella madrugada. Llevaba ceñida una minifalda de azul muy oscuro y descolorida por los bordes deshilachados a mitad de unos muslos que parecían de marfil, unos tacones marrones que combinaban con una chaqueta mitad cuero color castaño oscuro, mitad mezclilla color aceituna, entreabierta hasta el segundo botón con evidente ausencia de ajustadores, que para entonces, deduje, no debería usar nunca. En realidad le eran innecesarios.

Su piel... ¡Dios, no es posible que yo aún piense esto! Únicamente un ángel podría competir con una tez que parecía terciopelo dorado. Su pelo ya no llevaba vetas, ahora era de color mostaza, lo que hacía resaltar más el verde de sus ojos, mucho más claros que en la oscuridad. Presumí midiera un metro sesenta y cinco sin tacones, pero ahora se mostraba intencionada de hacerme sentir insignificante con mi uno setenta y cinco de estatura.

- No eres tan delgado como percibí la otra noche, pero pasa, me sirves igual -yo sonreí y continué avanzando hasta la sala.

La sala también poseía un diseño antiguo, pero los muebles eran modernos y de extremo lujo. Una lámpara de estilo francés siglo diecinueve colgaba del techo con siete bombillos bastante bien adaptados, pero que quitaban lustre a aquello que igualaba a una verdadera obra maestra, por supuesto, no más perfecta que su anfitriona. De nuevo ella irrumpió.

- Bien, ¿ya decidiste a dónde me vas a llevar? -sonrió ladinamente.
- ¿Se puede saber cómo te llamas? -imperé tratando de sobreponerme a la situación.
- Ja... me llamo Laureen ¿por qué no me lo preguntaste aquella noche? O tuviste miedo de mí.
Mira... trata de comprender la situación yo...
- Nada que entender, yo solo traté de evitar un mal desenlace. Por lo demás, no pienso ir contigo a ningún lugar. -y recordé de nuevo a mi maestro:

“No puedes andar pensando una cosa, diciendo otra y haciendo otra a la vez, si luego quieres sentir algo que tenga sentido”

- Me imaginé que era un invento de Junín. Los hombres como tú solo salen con mujercitas que fingen orgasmos para que las lleven de compras.

Me vinieron mil recuerdos, pues sentí que en parte tenía razón.

- Salir contigo parece fácil, así que puedo decidir la ocasión -su mirada se torno de acero, pero luego volvió a ser como la seda.

Se acercó mientras miraba fija y maliciosamente mis ojos. Se encimó tanto que cedí hasta caer sentado en uno de los butacones que se hallaba justo detrás de mí, esta vez sí había realizado mi estudio habitual de espacio para lugares nuevos que inspiran desconfianza.

Junín volvió a reír a carcajadas y salió caminando hacia la habitación siguiente que podría haber sido un amplio recibidor en otra época, en aquella casa que ahora percibía más amplia de lo que aparentaba desde el exterior.

Después de ese momento dejé de ver a Junín hasta que me marché del lugar.

Una vez estuve sentado, Laureen colocó su rodilla entre mis dos muslos permitiéndome ver todo el recorrido del muslo derecho por su lateral externo y quizás mi imaginación me hizo creer estar viendo su recorrido por su borde interior que me llevaba a fantasear con mis deseos entre sus dos muslos.

- Ves que lo que tienes es miedo -dijo Laureen y se mordió el labio inferior.

Este segundo encuentro con la tía de Junín me permitió dudar de si el amor es o no pura invención que alimenta solo a la mente. Yo estaba supuestamente intentando mi duelo espiritual con Dalaymis y ya me daba vuelcos mi interior tratando de simplificar y justificar la actitud de aquella joven, que vista de cerca no sobrepasaba los veintiún años de edad. Descubrí también que la luz de la luna me la dibujó con tez más oscura y mucho más sazón en edad. Me encontraba entonces lidiando con un niño y una joven que, ahora estaba seguro, de no saber que querían de mí en realidad.

Pero a los treinta y dos años de edad un hombre posee el justo equilibrio entre deseo, fuerza, inteligencia y experiencia, que, si sabe balancearlo, pudiera dar como resultado Sabiduría.

Por el momento me sabía controlado por el deseo y el instinto aventurero de la experiencia. Además, debía determinar en qué medida podría utilizar la fuerza y la inteligencia para recobrar el equilibrio entre los cuatro aspectos.

Derribé el brazo derecho que la sostenía sobre el espaldar del butacón por encima de mí, tironeándolo con delicadeza hacia adentro y apoyándolo sobre mi muslo derecho, provocando su giro y caída acostada a mi lado izquierdo, con los brazos controlados y a la distancia de un beso que mis prejuicios le impidieron a mis instintos, todo en una centésima de segundo.

Por segunda vez recibí indicios de sospecha sobre todo este enigmático acontecimiento, al escuchar de tan cerca su voz diciendo:

- Ya sabía que podrías hacer eso. -dijo, aunque un tanto sorprendida por su situación bajo mi total control.

Estas personas sabían cosas de mí que no eran precisamente de mi vida actual.

Estuve demasiado tiempo fuera, realizando estudios de postgrado. Muchos no me recordaban en la ciudad y menos aún mi afinidad con las artes marciales, que permitían moverme y pensar de una forma determinada. Las prácticas, aunque con mucha dedicación, duraron solo los tres años del bachillerato.

La reciprocidad con Marcelo, mi maestro, fue insondable, y el entusiasmo llevó a que alcanzara el cinturón negro en las primeras vacaciones de la universidad. En una exhibición donde me permitieron luchar con dos cinturones negros y casi igualar a un segundo dan. El regocijo de Marcelo fue tal, que propuso intentar un cinturón negro en otra especialidad para alcanzar el grado de Maestría; luego de dos años entrenando Kobu Do, desistí producto de algunas deficiencias en el tercer año de la universidad, teniéndome que conformar con aquel inesperado cinturón negro en Ju jitsu, que hoy viaja más que otra cosa en mi corazón, junto a los recuerdos del maestro en las practicas, que no pasan actualmente del calentamiento matutino y algún movimiento que con alegría realizo cuando veo peleas en algún filme.

Por aquella época esta joven sería tan solo una niña jugando con muñecas. ¿Qué podría saber de todo aquello?

De repente se habían unido este comentario y los de Junín sobre el primer encuentro y las cosas que ya sabía de mí, pero preferí no hacer ninguna pregunta.

Tomé su mano izquierda con delicadeza y la besé justo donde comienzan los dedos, entre el segundo y el tercero. La impresión que dejó su mano intentó convencerme de encontrarme frente a un ángel. Sentí un raro remordimiento. Ella permaneció inmóvil y callada, ocasión que aproveché para evadirme del lugar sin despedirme de ninguno de sus anfitriones. Pensé apartarme de aquella tentadora oferta de Junín que lograba ponerme en conflicto con algunos de principios de fútil moral.

Capítulo 4

La investigación

Marcelo fue amigo de mi abuelo, aunque de generaciones diferentes, por lo que la muerte impidió a dos seres nobles conocerse mejor. Mi abuelo decía que lo sabio no siempre provenía de lo antiguo, por no siempre poder adaptarlo a la época actual. Marcelo decía que la sabiduría no cambiaba, que quien cambiaba era el hombre porque se apartaba de ella. Ambas filosofías me fueron útiles para la vida porque encontré lo mejor de cada una. Hoy convengo en que el hombre sabio es el que cambia con los tiempos porque los cambios son siempre inevitables.

Siempre supe que los amigos de mi abuelo o de mi maestro podían contarse entre mis amigos, aunque también sabía que ya quedaban pocos. A mi regreso algunos fueron a visitarme y me descuidé de devolver visitas, un tanto por pereza y otro, porque todos mis planes se movían alrededor de mi salida del país, para mantenerme cerca de los puertos donde ingenuamente pensaba llevar a cabo mis reencuentros con Dalaymis, quizás una vez por mes. Hasta ese punto mi mundo se estaba diseñando bajo la influencia de una precisa lógica.

La lógica es la fantasía mayor de los seres humanos. Se realiza toda a nivel de pensamientos, en un mundo imaginario, porque cuando vamos a la práctica cotidiana, nada allí funciona con lógica. La política socialmente justa se puede realizar tan solo a niveles lógicos, pero el mundo visto sin una filosofía espiritual profunda suele mostrárenos como un caos sin solución posible.

Fui a visitar a Jerónimo. Tuve que escuchar la redundada historia sobre mi maestro.

- Leandro,... tuviste un maestro de verdad. Marcelo tenía mezcla de todo tipo; también tenía de japonés. Su madre fue una japonesa que llegó a este país tras ser abandonada a los siete años por sus padres, demasiado pobres, al parecer, como para pagar tantos pasajes de regreso, porque aquí no encontraron la fortuna. Conoció a los abuelos de Marcelo que eran un mulato y una blanca lechosa llegada de Europa como turista y la cual, mira tú qué cosas, se enamoró de un hombre que lo que buscaba en ella era una aventura.

Ellos tenían dos hijos, y uno de ellos se casó con “ojos oblicuos” cuando crecieron. De esa unión, surgió Marcelo, con sus gustos extravagantes que lo acompañaron hasta sus últimos días. No pudiste estar en su entierro. Él preguntó mucho sobre ti cuando se enfermó, pero exigió que no molestarte en los estudios. Era un gran hombre. Al final, sus enredos con mujeres lo apartaron un poco de su filosofía y no quiso que nadie supiera de sus cosas más íntimas. Bueno, nadie es perfecto... Dios lo tenga en la gloria. Mis hijos también tienen mucho que agradecer de sus enseñanzas.

El más chiquito vino de vacaciones hace un año, pero tú sabes cómo son casi todos los jóvenes: Quieren volar y hacer nido en otro lugar. Este país ya no es tranquilo, y por eso los entiendo. Nosotros, los viejos, no tenemos nada que perder, pero ustedes sí...

- Jerónimo -le interrumpí- yo, de momento, no estoy pensando en irme. Tenía un contrato

corto con “Los Gallegos” de los Billares y estuve pensando en extenderlo con uno de sus socios, un tal Ricondo, ¿lo conoces?

- ¿Quién no conoce a ese buitre? Ese es uno de los que pretende manejarlo todo desde la sombra. Claro, políticamente no podría; no tiene moral alguna. Ten cuidado, es un hombre peligroso y, aunque nadie lo quiere bien, le temen hasta los políticos. Ha hecho fortuna a costa de mucha angustia ajena pero... arriba hay un Dios, y espero que abajo también gobierne, para que no escape nadie.
- ¿Ese hombre es de la edad de mi padre?
- No, ni siquiera se conocieron, por suerte para los dos. A tu padre le gustaban las cosas bien hechas mientras trabajó para el gobierno. Demasiado bien hechas. Creo que eso fue lo que lo enfermó de muerte tan joven, porque un hombre después de los sesenta comienza una vida con una calidad diferente si aprendió a vivir. Sé que un infarto le da a cualquiera, pero los sufren más quienes viven de disgusto en disgusto tratando de enmendar la maldad humana.

Este Ricondo debe tener cerca de sesenta años ahora, aunque está muy fuerte. Era un muchacho desconocido en la buena época de tu padre; él aún hace ejercicios en los gimnasios y hasta un poco de boxeo para lucirse. No fue muy malo boxeando, es la verdad.

A Marcelo sí que lo conoció bien. Fue una piedra en su zapato mientras vivió.

De ahí para allá hay cosas que yo nunca supe con certeza. Marcelo no quería y todos se lo respetamos.

Graciela no podía tener hijos y eso trajo algunos disgustos; sin embargo, se ocupó de él hasta el último segundo. Mi hijito, si puedes evita relacionarte con esa gente. Es peligrosa. Con ellos nunca se sabe.

Me marché convencido de dos cosas: la primera, que Jerónimo tenía razón en lo del peligro; la segunda, que los muslos de Laureen habían logrado salir de entre los míos, pero de mi cabeza no lograría sacarlos.

Capítulo 5

Mi primer poema para Lauren

Estuve despierto toda la madrugada. Me daba gracia el hecho de aceptar que una prostituta estuviera suplantando el “lugar sagrado” que me había estado construyendo durante diecinueve meses para Dalaymis. Que si era de buena familia, que si era inteligente, que si necesitaba mi ayuda porque para lo que estudió no había encontrado trabajo, que si las cosas que no quería hacer en la cama se podrían convertir en un reto para la vida de matrimonio, que si... Me estaba convirtiendo en estúpido y no veía que ya mis planes no cabían dentro de los de ella.

Se me hacían jirones en el estómago los pensamientos pecaminosos acerca de Laureen, porque generalmente tuve prejuicios con eso de estar reivindicando putas. Solía decir que “Eso nada más le salió bien a Jesucristo, ¿a quién sino?”. ¡Ah, cómo nos gusta lanzar la primera piedra!

Hice un recuento de los sucesos en la casa y los comparé con el primer encuentro. Había cosas que no encajaban. Cuando tomé control de la situación sobre el butacón, la imagen de bronce pulido se desmoronó, y vi cómo su silencio transformaba su mirada lisonjera en tristeza. Fue entonces cuando decidí irme, temiendo mi propia flaqueza gentil, que por estos días se me había mostrado demasiado sensible a las maniobras femeninas.

Creo eran alrededor de las cinco de la mañana, cuando ya se escuchaba cantar a los primeros y pocos gallos que aún algún que otro provinciano conservaba en esta ya no tan chica ciudad, cuando

de repente, casi sin pensarlo, tomé un bolígrafo y una hoja de papel. El resultado lo vine a ver bien a las diez de la mañana, cuando desperté. Una de las ventajas de poder llevar el trabajo a casa los días entre semana.

Había escrito un pequeño poema y se me hacía evidente que ya Laureen estaba descendiendo de mi cabeza al corazón, a pesar de tanta batalla en su contra. Tal vez fuera la necesidad que tenía de ocupar aquel espacio, que renunciaría de ser tan sagrado para convertirse en el altar de mi “perdición”. Son las desventajas de ser un romántico perdido.

¿Cómo puedo deshacerme de tu imagen?
incrustado fondo de cada pensamiento.
¿Cómo puedo ocultarme lo que siento?
Más allá de mi torpeza razonada.

Eres flor, eres enigma, eres antojo.
eres destello que provoca mi mirada,
aparecida como en un cuento de hadas
con el hechizo verde claro de tus ojos.

Atardecer, color tu piel, es mi entusiasmo,
manantial que brotó de mis penurias,
junto a tu risa, transformando aquella furia,
en la alegría que dio fin a mi marasmo.

Ahora suplico a Dios del cielo compasivo,
permítame ver, si son “deseos” mis anhelos,
que me dé luz en su reinado de los cielos,
porque al estar cerca de ti, yo estoy perdido.

Lo guardé bien pensando que jamás lo mostraría a nadie y si llegase a hacerlo, no diría a quién estaba dirigido. En ese momento sentí pena de mí por no lograr derribar aún mi muralla de prejuicios. Mi maestro hubiera dicho: “Lo que piensas es solo el reflejo de una realidad que intentas explicarte; lo que sientes es la realidad misma”.

Capítulo 6

El cementerio

Junín estaba sentado en un muro alto, viendo cómo otros niños jugaban en la calle con un bate viejo de aluminio y una pelota demasiado dura quizás para recibirla sin guantes; nosotros le llamábamos a eso “jugar a mano pelá”.

El niño que tenía el bate en la mano había fallado ya a tres lanzamientos y no quería entregar el bate porque le estaban lanzando solo bolas malas y solo había conteos para strikes.

Junín saltó hacia el suelo y fue corriendo hasta el niño que empuñaba el bate.

- Préstame acá. Vas a ver.

El lanzamiento del niño pitcher fue un poco alto y afuera. Junín cruzó el bate como si quisiera matar la pelota de un golpe. Me pareció muy rápido para aquel lanzamiento. El sonido del impacto fue parecido al que produce golpear el borde de una copa con un dedo. La pelota fue a dar de foul a un solar del otro lado de las casas del lateral derecho. Las exclamaciones no se hicieron esperar.

- ¡Cooooño, Junín, acabaste!

En ese momento él se percató de mi presencia; pero, al mirarme, hizo como si no se sorprendiera.

- Te fuiste sin decir nada. Mi tía se quedó un poco decepcionada. Te dije que te lo debía, Ahora ya es cosa entre ustedes -miró al suelo unos segundos, devolvió la vista a mis ojos y continuó- Leandro,... las apariencias son a veces engañosas. Esperaba más de ti; pero, bueno -me pareció escuchar a un hombre adulto hablando conmigo- mira, hoy no vas a

poder disculparte; ella está para el cementerio.
Fue a la tumba de mi abuela. Cuando regrese...

Yo no esperé una palabra más. Salí como un autómatas hacia el cementerio. En el camino me cuestioné qué rayos iba a hacer allí; pero ya no importaba: lo más apremiante que tenía en ese momento era volver a verla.

El cementerio estaba desierto. Cuando llegué comenzaba a oscurecer. Traté de percibir algún movimiento mientras me adentraba en su profundidad. Luego tuve que tomar una determinación. Sobrepasando el centro desde donde ya no se podía ver la entrada ni la porción anterior del cementerio, debía tomar entonces derecha o izquierda para restringir el área de búsqueda. “Las mujeres se ven mejor a la izquierda”, pensé, y tomé la izquierda.

A unos cincuenta metros ella me había estado observando en silencio, apoyada al borde de una bóveda. Sentí una alegría difícil de disimular y que ya creía relegada solo a los recuerdos de meses pasados, junto a Dalaymis. Avancé con la seguridad que el silencio siempre me ofrece. Presentí que, además de nosotros dos, allí no se encontraba nadie más que el velador de la entrada.

- Qué,... Viniste a cobrar la promesa de Junín - ya me encontraba frente a ella. Sonreí, pero ella se mantuvo seria y serena sin quitar su vista de mis labios.
- ¿No saldrás corriendo por miedo a los muertos... -no le permití terminar.

Sentía como si una extraña y violenta sensación recorriera toda mi médula espinal llegando a mi cerebro, para convertirse en un vapor que dominaba mi rostro. La apreté contra mis caderas y la besé desenfrenadamente. Al primer beso hubo ligera resistencia, pero su cuerpo se convirtió en una hoguera. Sentí cómo se le aflojaban las piernas, casi pendiendo entre mis brazos, que ya la envolvían con movimientos suaves que aumentaban la presión por debajo de las caderas, y con ternura sobre su cuello, halando hacia arriba por debajo de sus nalgas. Su vestido comenzó a desajustarse, como aquel de hilo blanco de la primera vez que la vi. Me pareció de seda primero y luego de papel. El color se me asemejaba al de su piel o se me antojaba tal. El segundo beso fue de ensueño, casi perdí mi identidad, sentí que estaba viajando al interior de mi mismo y hasta sentí miedo de desaparecer. Su lengua la percibía como una fresa demasiado madura, que podrías desmembrar con los labios. Mientras, su piel estaba febril y comenzó a ascender un olor como el que se respira en los cañaverales cuando la caña está demasiado madura sin ser cortada, olor que brotaba de su piel y sus entrañas. Su mirada se tornó también perdida. Los dos inspirábamos jadeantes como si quisiéramos evitar respirar en un esfuerzo vano, que a ella le provocaba temblores en la mandíbula inferior que luego acompañó a todo su rostro. Al tratar de controlarlo le comenzaron a temblar solo los labios y ligeramente sus piernas.

Bajé todo lo que encontré al paso de mis manos por sus hombros y besé sus senos como quien roza un botón de rosa, y de nuevo una oleada de emoción mayor invadió todo mi ser. Besé entonces su cuello. Ya me encontraba fuera de control. Sus ojos se cerraron y al abrirlos, la oscuridad, que ya invadía el lugar, me impedía ver su verde claro, o tal vez no era en ese momento ya nada tan claro para mí.

La volteé haciéndola apoyarse con ambas manos sobre la bóveda que quedaba justo detrás de ella. Introduje mi mano derecha por debajo del vestido hasta llegar a su espalda. Luego la hice descender aumentando la presión hacia sus nalgas. Pasando justo entre ellas encontré el manantial más cálido y delicado que pude haber imaginado jamás. La humedad invadió pronto todo entre sus muslos llegando al borde de sus glúteos. Todo era suave; podía percibir su respiración que se hacía más intensa llegando hasta su vientre, donde mis manos alcanzaron el final de su recorrido entre piernas. La erección me recordaba mi adolescencia. Mi mano izquierda, mientras, se ocupaba de mi pantalón. La penetré y quedé sin aliento por unos instantes en que me sentí ascender al “cielo” o tal vez descender al “infierno”.

Comenzó a mostrarme entonces contracciones rítmicas en el vientre y en su rostro, que ahora volteaba hacia mí, cambiaba la expresión con cada contracción, con un gesto que mezclaba placer y asemejaba sufrimiento. Presentí su orgasmo y de pronto volví en mí. Mis prejuicios aparecieron y me dominaron los instintos más primitivos del animal que al descuido todos somos.

Quise vengarme de lo que sentía por aquella dulce criatura. En mi interior surgió una lucha de rivalidad entre mis sentimientos y mis pensamientos. Dudé de todo, hasta de mí. Retiré mi pene de su vagina y aprovechando su abundante humedad lo introduje contranatura. Ella me miró con temor y luego cerró sus ojos cambiando su respiración. Yo no concebía permitirme que aquello fuera tan lindo con una prostituta. Me avergoncé de mí mismo y vi cómo mi excitación disminuía junto a la de ella con la misma velocidad con que aquellos pocos minutos me habían llevado al Olimpo. En ese momento no pude evitar mi eyaculación, como un solo de trompeta con una orquesta tardía, porque a aquello que sentí, no se le podía llamar orgasmo. Sabía que había interrumpido algo maravilloso entre los dos y, aunque quise mostrar satisfacción, lo que sentí fue vergüenza y pena de mí y mis inoportunos prejuicios. Ella se volteó hacia mí acomodándose todos sus atuendos. Mostró un rostro de decepción y luego de tristeza. Su rostro se hizo firme como el acero; pero sus ojos, como si fueran de otra persona, comenzaron a llorar.

- ¿Eso era todo? -suspiró muy profundo.
- Disculpa, yo no supe controlar mis instin... - esta vez fue ella quien no me permitió continuar.

-

Salió caminando y, mientras más se alejaba, me sentí más estúpido y avergonzado que nunca antes en mi vida.

Traté de darme aliento atacando la imagen que tenía creada de Laureen, pero se desmoronaron todos los intentos cuando, como un golpe sorpresivo, vinieron a mí las imágenes sentidas de toda la ternura expresada por aquella muchacha con tal sinceridad, que no me quedaba otra opción que creer que me estaba volviendo loco.

La oscuridad era ya casi total cuando encendieron las luces nocturnas del cementerio. El velador me vio salir mirando hacia mis zapatillas disimuladamente, mientras él cerraba la puerta principal, y como para dar cuenta de su presencia, me preguntó la hora. Yo no respondí ni volteé el rostro, para no dar cuenta de mi presencia.

Capítulo 7

El principito

Mi apartamento, visto desde mi habitación, era como un desierto y yo una hormiga que debía atravesarlo para encontrar agua en el refrigerador. Me sentía como un gorila que hubiese devorado la única flor de su planeta, solo para demostrar su fuerza, la única planta que podría traer oxígeno para su supervivencia.

Sé que no debo dañar la imagen de los gorilas. Aunque se les considere cercanos al hombre, nunca harían estallar una bomba atómica por muy justo que pareciera el pretexto. Además, no poseen la maldad para crearlas.

Únicamente el principito halló el verdadero valor de su flor más allá de sus defectos femeninos visibles, pero... ¿serán defectos o son solo los matices de otra humanidad llamada mujer con la que pretendemos, en vez de complementarnos, transformar en una misma humanidad a la que insistimos en llamar “hombres”?

Sonó el timbre de la puerta. Acudí despacio y, al entreabrir la, descubrí la presencia menuda del “jonronero” de la tarde anterior, Junín.

- Pasa -presentía su visita por lo sucedido y me apenaba. No me extrañaba que supiera dónde vivía. Además, este niño me inspiraba una especie de confianza mezclada con respeto que no podía explicarme bien.
- Vine a traer un recado de mi tía. Dice que rectificar es de sabios, y ella asume su parte de responsabilidad. Nada más que eso... Leandro, mi tía es lo más cercano que tengo en la vida, ella y yo somos los causantes de un

malentendido que no te podemos aclarar por el momento. Solo quiero pedirte que no le hagas daño. Ella no es lo que ahorita mismo tú crees.

- Y... ¿qué es lo que se supone que yo crea, Junín?
- No soy yo quien te puede dar respuestas. Mi mamá siempre me hablaba de no anticiparme en nada. Decía que todo tenía su justo momento y yo casi no lo entendía. Cuando comencé en la escuela, trataba de aprender cosas con mi tía que todavía iba al bachillerato... nunca pudo terminarlo por lo que ocurrió con mi mamá, y mi mamá tampoco lo terminó por lo de mi nacimiento y todo el enredo con mi papá, que le resultó un mantenido sin recursos propios, dependiente de la persona que, ya sabes, debería ser mi abuelo, aunque es mejor que no lo fuera.
- Junín... ¿y tus abuelos Maternos? -me miró unos instantes como perdido en el tiempo para no responder.
- No los conocí, al menos, no tengo recuerdos claros de ninguno de los dos... Mira, no me gusta mentir si no es necesario. A mi abuelo sí lo conocí, pero era muy viejito y solo me dijeron que era mi abuelo cuando murió. Era muy bueno con nosotros. Al morir él, todo cambió de la noche a la mañana, y no fue para bien.

Mi abuela era mucho más joven que él y murió de leucemia un poco después. Mi tía dice que era una rubia de ojos azules que, aunque muy delgada, también era muy bonita.

Yo la recuerdo enferma en cama. Cuando ella murió, la señora que nos ayuda en la casa comenzó a venir todos días hasta hoy. Nunca se queda y mi hermana dice que era muy buena amiga de mi abuela y de mi abuelo. Eso es todo lo que te puedo decir.

- Y lo de tu mamá ¿sabes cómo fue?
- Le sacaron pasajes para llegar y cruzar por la frontera de México para los Estados Unidos. Se suponía que mi papá se reuniría con ella y luego yo; pero, en realidad, él está ahora mismo en España y solo supimos de él cuando desapareció mi mamá.

Dice mi tía que ellos estaban enamorados de verdad, pero que era mucha la presión del señor Rico en contra de esa relación, no entiendo por qué. Mira Leandro, mi mami era como un ángel: nunca hablaba en voz alta, siempre sonreía a todos aunque fuera una situación desagradable. Yo no recuerdo haberla visto nunca furiosa, siquiera con el señor Rico que, después de la muerte de mi abuelo, nos ha hecho cuanta mala acción puedas imaginar. Ahora quiere hacerse el bueno conmigo porque sabe que, en realidad, voy a ser junto a mi padre su heredero legal. De eso sí se encargó mi mamá, y ahí comenzaron los problemas.

Mi mamá era como una reina, más linda que mi tía, y sabes que esta es linda -suspíre sin poder dar respuesta alguna-

Era una Reina y decía que yo era su principito, su caballerito. Me leyó más de veinte veces el

librito del Pequeño príncipe. Me decía que si lograba ser valiente como él, podría llegar a tener un jardín completo de rosas y domesticar las serpientes para que nunca me mordieran, y eso es lo que estoy haciendo, domesticando a la serpiente.

Mi tía cuenta que mi abuelo también me decía mi principito, pero eso no lo recuerdo.

Los ojos de Junín se aguaron ligeramente como si fuera a llorar; pero su rostro no cambió, permaneció sereno haciéndome recordar las lágrimas de su tía la tarde anterior. No sé, pero sentí que se refería al tal Rico con lo de la serpiente. Su rostro parecía de acero. Lo invité a sentarse, pero se negó.

- Mi tía algún día te podrá explicar más cosas. Demuéstrale que tú vales la pena. Confío en eso. Mi abuelo dejó una frase labrada en un pedazo de madera que dice: “No confíes en la casualidad que oculta una verdad mayor que es su causa”. Te esperamos cuando quieras.

Estuve dando vueltas y vueltas a aquella conversación y me pareció curioso lo de la frase que también se la escuché alguna vez a mi maestro, era tal vez posible que se hubieran conocido y hasta fueran amigos. Mi maestro vivió en aquel barrio, lo que no sé si el abuelo de Junín vivió allí en la misma época. Yo estuve lejos mucho tiempo y cuando regresé visité unas cinco veces a Graciela, su esposa. En dos ocasiones me aceptó dinero y luego me dijo haber arreglado

unos papeles que le daban acceso al subsidio de mi maestro Marcelo. Pensé en preguntarle a Laureen cuando la viera, pues Junín no debía saber al respecto por su escasa edad.

De pronto, no sé por qué razón, comencé a sentir remordimientos por el trato que le había dado a Laureen y por todo lo sucedido.

Los sentimientos de culpa me embargaron de tal manera que estuve a punto de salir a buscarla para ofrecerle disculpas. Más que eso, sentía el impulso intenso de pedirle perdón como si hubiese cometido un crimen. ¿Sería tal vez el lugar? ¿Serían los sentimientos de respeto y amistad que se habían despertado en mí respecto a Junín?

En realidad, la suma de todos los argumentos no justificaban lo mal que me sentía conmigo mismo.

Terminé decidiendo planificarme para visitar a Junín el fin de semana y aprovechar la ocasión para intentar entenderme con Laureen. En realidad, no podía justificarme ni delante del espejo. Qué falta de tacto y sensibilidad había mostrado mi parte oscura. Pero lo intentaría. Por otro lado, estaba ese deseo incontrolable de querer verla como si la conociera desde siempre, cuando en realidad ahora me parecía que estaba confundido y no la conocía en lo absoluto.

Capítulo 8

Intento de verso

No conocí nunca a ningún diseñador que le gustara escribir poesía, tal vez porque no conozco a todos los diseñadores del mundo. En mi caso, me resultaba reconfortante intentar encontrarme con mi ser interior a través de la poesía que brote de mis momentos difíciles.

Este era uno de esos momentos y no por el romanticismo que me despertaba Laureen, sino por aquellos sentimientos de culpa que cabalgaban hacia la posibilidad de deprimirme, al punto de tener que retomar mis sesiones de meditación con la seriedad que últimamente no le había estado brindando.

En la mañana, luego de una meditación de media hora que me pareció de un segundo sin exagerar en lo más mínimo, me senté y escribí.

Señor del universo visible e invisible,
encuétrame tú a mí,
porque no sé cómo buscarte.
Quita de mis ojos la venda del deseo,
muéstrame la verdad del agradecimiento
sin que me olvide de aportar cada día
para el pan nuestro.

No permitas mi desanimo a causa de las enseñanzas.

Haz que mi vida valga la pena para quienes me conocen

y si esto es demasiado, haz que valga para mí.

Convierte mi casa en morada de hambrientos
dándome, pues, sabiduría para alimentarlos.

Que el dinero sea suficiente para no caer en la deshonra,

menos del que me pueda llevar a vanidad,
poco para no llegar a conocer la fama
y ninguno si me llevara al egoísmo.

Te he buscado afuera y no te he encuentro.
te he buscado dentro y aún no he llegado.
señor, haz el milagro de que halle el camino
si no puedes mostrarlo, ciérrame todos los demás.

Fue un buen intento, pero no resultó poesía. Tal vez leí algo así y me era necesario recordarlo; no obstante, me dejó entrever mi desencuentro espiritual de los últimos tiempos. Mi sentimiento de culpa venía de ese “lugar” donde las palabras no explican nada, donde se debaten los sentimientos con el alma y, según quien salga triunfador, vives en paz o en eterno desvelo.

Cada vez que un alma se hace coherente con los sentimientos de un hombre, acudimos a algún descubrimiento trascendental donde la verdad parece absoluta para ese momento.

Cuando un hombre se permite ser víctima de sus deseos e instintos primarios, se encuentra a punto de producir un desastre de la magnitud del puesto que ocupa en la sociedad en el momento en que viva.

Hacía solo unos días soñaba con ser un cónyuge amoroso. Ahora mi resentimiento se había convertido en lujuria, desatándose en una morbosidad tal como para llegar a tener sexo justo en un cementerio con una persona casi desconocida.

Lo peor de todo era intentar conciliarme con mis sentimientos de culpa y, a la vez, con el deseo intenso de poseer a Laureen.

No podía intentar engañarme a mí mismo. De lo sucedido no tenía el más mínimo asomo de arrepentimiento; solo estaba inconforme con aquel final nada loable.

Capítulo 9

La carta

El sábado en la mañana no quería levantarme de la cama. Todo el trabajo se había estado acumulando y tuve que trabajar haciendo ajustes de planos para entregar al arquitecto.

Las ideas de “los gallegos” -que en realidad jamás habían vivido en Galicia, a pesar de que así se hicieran llamar y de que uno de esos hermanos, para colmo el que más exigía se le respetara el sobrenombre, de madre al parecer no bien identificada en la familia, era medio moro- resultaban ambiciosas.

El centro de sus construcciones no era en sí los billares, pues estos rodeaban una especie de almacenes pequeños, perfectamente camuflados, para la elaboración y conservación, según ellos, de todo lo que sería utilizado en los salones para el juego.

Aquella historia, manejada por ellos con mucha discreción, no convencería a nadie, al menos que estuviese persuadido y, además, bien pagado.

En mi caso, ellos habían estado contentos con mi trabajo y, al parecer, con la idea de que, una vez terminado, yo viajaría para no volver en mucho tiempo, cuestión esta que en las últimas semanas había tomado un rumbo totalmente diferente.

Me pareció escuchar un toque muy débil en la puerta. Observé preocupado y constaté que había electricidad.

Me cuestioné por qué no habrían tocado el timbre y entonces me apresuré a abrir con cierto recelo. No había nadie en la puerta del apartamento. Miré por la

ventana de la escalera que daba a la calle; pero, evidentemente, la persona que había tocado se había marchado caminando muy cerca de la pared interior del edificio impidiendo, tal vez intencionadamente, que pudiera verla.

Al regresar junto a la puerta logré ver algo de lo que anteriormente no me percaté.

Había un sobre de color rosado que recogí con sumo cuidado y que contenía una carta.

Avancé hacia el comedor y allí, sentado a la mesa, comencé a leer su contenido:

Estimado Leandro:

No tomes a mal la iniciativa de ser la que intente mejorar la situación entre nosotros. La otra tarde en el cementerio, lo ocurrido fue una mezcla de sucesos inesperados de los que no me arrepiento, aunque hubiese preferido cambiar mucho de su contexto.

Reconozco que el lugar provocó en mí una excitación extrañamente agradable, pero no es la tumba de mi madre la que hubiera elegido para una primera vez, con un hombre que despierta en mí, como nunca antes, deseos preñados de un intenso cariño. No soy el tipo de mujer que te he hecho creer, y de eso sí me arrepiento total y definitivamente. Sí el viejo refrán “Lo que mal comienza mal acaba” se hace realidad, habrás sido el comienzo y el final de lo más lindo que he logrado sentir y que no comenzó aquella noche en que me conociste; ya te conocía hacia mucho. Perdón te pido por lo que ahora podría verse como un engaño, pero todo comenzó como un rompecabezas y ahora faltan muchas de las piezas primordiales.

Mis provocaciones te convirtieron en la bestia, deshaciendo al caballero de las dos primeras ocasiones y que sé, en realidad eres. Debo, además, ofrecer disculpas a seres que hoy no están y a los que agradezco saber que definitivamente, los hombres como tú existen.

En realidad, mi hermana tenía toda la razón al leerle tantas veces el principito a Junín. Eres de esos hombres que a simple vista pasarían inadvertido, pero lo que no se ve de ti ha hecho que en pocas semanas comprenda por qué mi madre se enamoró de mi padre por encima de tantas cosas, y que decidiera hacer una vida a la sombra, con un hombre que la protegería de toda la maldad que existe, perceptible o no en este mundo, en el que tú y yo ahora coincidimos no por casualidad. No espero hoy ya nada de ti; solo te pido que si mañana me conocieras en mi condición verdadera, no juzgaras lo que nos ocurrió como bueno o malo; fue solo el encuentro entre las dos corazas, de las que se vale casi siempre la gente para proteger sus corazones por el temor a mostrar su verdadera naturaleza, el amor, la fuente única de la subsistencia humana y que ahora nos está faltando a todos.

Sin más, deseando dicha en tu camino,

Laureen.

Capítulo 10

El segundo poema a Laureen

La carta debía venir de ella, pues lo del cementerio guardaba detalles conocidos solo por nosotros dos. Pero las palabras plasmadas parecían las de una doncella descorazonada.

Olvidé todas mis dudas y sentí como si estuviera acudiendo a la creación de una galaxia o al mismísimo big bang de la creación; que todos los planetas me pertenecían y que quería regalárselos a Laureen. Mi alegría era tal que hubiese gritado desde la ventana que amaba a Laureen para que lo escuchara al otro lado de la ciudad. Pero me hallaba a la vez desconcertado. ¿Cómo podía conocerme de antes si estuve tanto tiempo lejos? ¿Me estaría confundiendo con alguien más? ¿De qué rompecabezas me hablaba?

Pensé que, definitivamente, había caído de manera dócil en las redes de aquella pasión por necesidad de escapar de mi reciente fracaso; que podría disfrutarlo, pero que no era verdad que pudiera existir amor. Entonces me senté frente a mi mesa de trabajo y escribí como un necio macho despechado:

Yo quiero cuando muera, prometas varias cosas,
por ejemplo ir a mi tumba,..Yo sé que nunca irás.
Allí reina la tierra, encima de los cuerpos
y hay recuerdos del cuerpo que perturban la paz.

No he heredado fortuna ni adulado la fama,
ni sería distinto si la llego a alcanzar,
pero bajo mi frente, perturbado, inconforme,
se me hincha mi pecho, si respiro humildad.

Miente y di que me amaste como a nadie en el mundo,
que no olvidas mis besos, finge echarte a llorar.
Harás fértil la tierra que viertan en mi tumba,
el recuerdo de un niño al tuyo se unirá.

Será humilde mi tumba, con piedras del terreno,
hago alergia a la pompa, al lujo que no habrá,
mas, flores por discordias, al no ser entregadas,
aún vivas en mi alma, allí florecerán.

¿Sabes? quiero olvidarte, como a alguna otra cosa,
pero estás en mi cuerpo sin poderte arrancar.
Excomulgo pedazos maltrechos de memoria,
hasta he odiado mi aliento, mi deseo de amar.

La promesa que hagas, ojalá no la cumplas,
así, desde otro reino, tal vez te pueda odiar;
Mas, sí sientes deseo, puedes ir a mi tumba,
alimenta el recuerdo que guarda aquel lugar.

Y si allí en tu materia sintieras lujuria,
si estremeces la tierra que me hará descansar,
no voltees al cielo; ya fuimos perdonados,
y así, sin que lo sepas, podré volverte amar.

Para Lauren, de Leandro.

Esta vez no pensé en evitar que otros supieran de mis sentimientos respecto a ella. Al leer lo escrito, decidí que aquella noche bien temprano iría a ver a Lauren.

Sentía necesidad de creer en ella. Mis prejuicios habían perdido todo el poder que tenían sobre mí. Había sido siempre un romántico, pero debía aceptar que un romántico platónico que ahora se identificaría en aquella canción de Ricardo Arjona, “¿Cómo ver pestañas a lo que nunca tuvo ojos?” Pero en ese minuto mi amor sí tenía ojos, unos hermosos ojos almendrados, verdes, claros como la verdad que necesitaba.

Los había visto llenos de rabia, de excitación, de ironía, de lujuria, de satisfacción, de decepción, pero, ¿Serían capaces de expresar sinceridad sin que me confundiesen mis sentimientos? Eso debía verlo con mis propios ojos color café y confiar en que no fuera un café demasiado amargo como para no convertir su recipiente en alguien vacío y desconfiado para el resto de la vida, porque en eso había estado a punto de convertirme a causa de la decepción.

Ahora soñaba despierto con que su piel color miel, fuera el edulcorante definitivo del café de mis ojos. Ya estaba decidido, iría no solo a verla, trataría de conquistarla desde lo invisible a lo que se refirió el pequeño príncipe y si ese lugar existía dentro de ella, entonces podría hacerle, no un altar, pero si el “amor” que tal regalo de la vida merece.

Sentí una profunda paz interior y hasta creí escuchar la voz de mi maestro, que más que artes marciales, enseñaba el arte de la vida:

“Cuando sientas que nada te falta estando al lado de una mujer, aún en la peor de las miserias; Cuando un tibio beso te sane el alma al punto de

no importar que muera el cuerpo; Cuando sientas paz al recordar su nombre aún en medio de la batalla, y su imagen sea la bandera que más alta quieras enarbolar, Quédate, habrás encontrado el hogar que al nacer todos perdemos”

- ¡Gracias, Maestro!

Capítulo 11

Los hombres de gris

Cuando se acercaba el reloj a dar las 7:00 p.m., me percibí extremadamente ansioso. No era precisamente el anhelo exasperado de ver a Lauren. Algo dentro de mí se agitaba cada vez más sin que le encontrara una explicación consecuente. Sentía la misma angustia que cuando supe que mi madre iba a morir. La causa: no encontrar un corazón compatible para su trasplante. O cuando me enteré de la muerte de mi maestro, al que le había prometido su primer viaje en un crucero acompañándonos a mí y a mi pretendida futura esposa, una de mis más grandes fantasías hasta ese momento.

No sé hoy cómo hubieran sido los acontecimientos, de haber sabido antes lo que podría ocurrir; pero la máquina del tiempo solo aparecerá cuando el hombre deje de ser dominado por el propio tiempo “dentro de su cabeza”. Por ahora nada puede ser volteado atrás y con eso debemos aprender a vivir, en ocasiones por un periodo demasiado largo. El periodo de resignación puede ser reducido a gran escala a través del legado sublime que nos mostró Jesús: el perdón, sobre todo el auto perdón.

Cuando me hallaba ya a unos sesenta metros de la casa de Junín, la tarde, que no había sido muy acariciada por el sol, al parecer por esa causa, sintió tristeza y deseos de llorar. Cayeron las primeras gotas y presumí que mi estado de ánimo debió guardar relación con aquel clima melancólico que podría estar afectándome.

El clima siempre ha tenido gran influencia en mis estados de ánimo y el entusiasmo con la carta de Laureen podría contrastar con él causándome nostalgias.

Pero me encontraba realmente muy lejos de sospechar las verdaderas causas.

Meditabundo aún, decidí cruzar a la acera del frente para acercarme más a la casa de Junín. Algo inesperado me impidió continuar con mis planes.

Justo frente a la misma casa se detuvo de repente un auto de color azul mate con cristales oscuros. Descendieron de él dos hombres elegantemente vestidos con trajes de color gris. El auto se marchó. Vi que se trataba de un auto de alquiler, y eso no es usual aquí.

Uno de los hombres concordaba con la vaga descripción de Jerónimo sobre el señor Rico. Era en verdad un hombre fornido, aproximadamente de mi estatura, con un traje gris claro, casi plateado. El otro pude reconocerlo mientras pasaba de largo, haciendo imperceptible mi verdadera intención de entrar.

Se trataba de Amir “Vélez”, un libanés nacionalizado que dedicó su juventud al boxeo profesional. Las noticias sobre él me llegaron a través de la televisión: dos veces descalificado por golpes penalizados y una última y definitiva por agredir al árbitro luego de una decisión en su contra.

Un hombre que ahora podría competir en los súper pesados, a juzgar por el peso aparente y una estatura aproximada de un metro ochenta y cinco. Un verdadero mastodonte vestido con traje de color gris más oscuro que el del hombre que aparentaba los cincuenta y tantos años. Amir, pese a su apariencia,

debía estar alrededor de los veintiocho años de edad. Amir miró varias veces alrededor antes de que decidieran entrar.

Yo continué apurando el paso hasta doblar la esquina. La llovizna se hizo más copiosa y me obligó a guarecerme en el portal de una casa pequeña, aparentemente vacía.

Pensé muchas cosas: tal vez venían a ver a Junín para darle alguna noticia de su padre o quizás, teniendo en cuenta el horario, visitarían a Laureen, que debía estar libre para la oportunidad, con alguien con suficiente dinero como para llevarla al mejor hotel. Ese pensamiento lastimó mi autoestima y decidí abandonar el barrio sin que nadie me viera.

Cuando, a despecho de la lluvia, salí corriendo, al cruzar de nuevo la esquina de Junín, lo vi entrar muy de prisa y tomar el camino del jardín hacia el fondo de la casa.

En ese momento tal vez necesitaba inventarme algo para ir a ver a Laureen y decidí que podía conversar con Junín mientras ella atendía su visita. Aunque me pareció algo tonto el pretexto, giré en dirección a la casa.

Al llegar al jardín me pareció escuchar un grito aunque muy bajo que se entrecortó bruscamente.

Subí los peldaños a toda prisa para entrar en calor, pues la lluvia nocturna en esa época del año provocaba bastante frialdad. Yo iba vestido con jean elastizado como de costumbre, zapatos de tacones y

una camisa de seda de color castaño, con franjas anchas verde oscuro. El agua todavía no arruinaba la presencia de mi vestuario y eso me estimuló a continuar con mis planes.

Al llegar a la puerta, su hoja izquierda se encontraba entreabierta facilitando visualizar casi la mitad de la sala que se encontraba en dirección a la derecha del pasillo principal de la casa.

Desde allí pude ver con claridad lo que estaba ocurriendo: el supuesto señor Rico sujetaba con su mano izquierda el rostro de Laureen contra la pared tapando, además, su boca para impedirle gritar. Con la mano derecha sujetaba un bastón muy similar al que ella llevaba el día que la conocí, la amenazaba y golpeaba indistintamente, unas veces por la cabeza, otras por las piernas. En realidad me pareció que lo hacía con cierto ímpetu y entonces decidí entrar.

- ¿Quién es éste cabrón? -vociferó al notar mi entrada casi por su lateral izquierdo.

Me lancé bruscamente hacia ellos, pero una muralla de huesos y carne maciza me rechazó desde el lateral contrario que no se podía ver desde la puerta. Se trataba de Amir, que sin siquiera descruzar sus brazos se interponía entre ellos y mis intenciones hasta ese momento persuasivas.

Mi cuerpo se tambaleó como si fuera de cartón y Amir de piedra. Llegué casi contra la pared lateral del pasillo sobreponiéndome en estado ya de alerta.

En medio de la distracción, Laureen logró desbloquear su boca mordiendo la mano que le sujetaba el rostro. Vi que le sangraban los labios.

Escupió primero y luego, en el instante en que no tuvo bloqueada su boca, me gritó muy asustada...

! VETEEE! Inmediatamente el hombre volvió a taponarle la boca con su mano, esta vez con más presión, causándole daño, a juzgar por su expresión de dolor.

Intenté de nuevo avanzar. Amir miró al otro y este hizo un gesto con su rostro, como para que me sacara del lugar u otra intención que no llego a definir. De momento se vio interrumpido con una aparición en la puerta que daba al fondo, por Junín, acompañado de una señora de edad avanzada que, abrazando al niño con mucha serenidad, se dirigió con voz temblorosa y muy baja, a quien efectivamente se trataba: el señor Rico. Yo me detuve casi automáticamente.

- Rico, es mejor que la sueltes. Ahora hay testigos presentes.

Junín mantenía su rostro rígido pero sereno. Parecía no estar allí viendo cómo maltrataban a su tía. Sus manos, una apoyada en la cadera de la anciana y la otra rodeándola por detrás sin llegar a asomar por la otra cadera. Rico gritó vehementemente.

- ¡Me tiene que decir dónde está, cueste lo que cueste!

La anciana que acompañaba a Junín dio unos pasos más hacia delante y entonces pude ver, a la luz de la hermosa lámpara, lo que, de pronto, aclaró la mayoría de mis dudas a una velocidad mayor que la de la luz.

Se trataba de Graciela, la esposa de mi maestro Marcelo. Me impresionó verla muy enferma. Ella, mirándome dulcemente a los ojos me dijo:

- Sí te vas ahora, él no se atreverá a hacer nada. Estás a tiempo. Serías un testigo muy desfavorable para Rico.

Aquello me pareció una maniobra hábil para intentar evitar lo que, a mis ojos, podía tomar un carácter más grave. De pronto, el mastodonte se movió bloqueando la puerta tras una seña de Rico. Sentí que caía toda la responsabilidad del mundo sobre mí al saber de la presencia de la esposa de Marcelo envuelta en tal situación.

Me apresuré a alcanzar a Graciela, pero Amir lo impidió agarrándome por el hombro. Lo que más que un agarre fuera un golpe, provocó la rotura de mi camisa al tironearla zafando además tres de sus botones. Tal vez consideró otra mi intención.

El silencio invadió la casa y yo sentí que me transformaba en alguien que no era. Fue como si observara cada suceso como un espectador, no como el protagonista de mis propios actos.

Capítulo 12

La contienda

Giré noventa grados haciendo un abanico con mi brazo izquierdo, que logró envolver el antebrazo derecho de Emir. Al cerrar el círculo que describía con mi mano hacia arriba, su codo fue hacia dentro y arriba, haciéndolo ceder ligeramente hacia el mismo lado y hacia detrás. Cuando levanté mi puño cerrado, él se cubrió el rostro. Mi mano descendió con mucha velocidad golpeando por debajo de su esternón en dirección a su hígado, respaldada por un movimiento de avance de todo mi cuerpo hacia adentro y abajo mientras me agachaba levemente. El golpe se le hizo insoportable, obligándolo a doblarse sobre sus caderas y a aflojar ligeramente sus rodillas. Inmediatamente salté sobre sus espaldas ejecutando un magnífico hadaka jimi, técnica que somete al contrario por su presión alrededor del cuello con apoyo de los dos brazos y las piernas enlazadas por delante. Pero algo no salió bien. Su cuello era demasiado grueso. Comenzaba a recuperarse del golpe en la línea media y, aunque con cierta dificultad, se lanzó con todas sus fuerzas y su pródigo peso corporal de espaldas contra la columna que ahora me quedaba detrás. No tuve otra alternativa que soltar las piernas para golpear con ambas la columna y evitar estallar entre ella y aquel mastodonte que acariciaba unas doscientas ochenta libras y no eran solo de grasa: sus músculos tenían la consistencia de una pelota de tenis.

Cuando se encorvó de nuevo con la intención de lanzarme, tuve suerte, pues logré saltar encima de

uno de los lujosos butacones. Emir lanzó un golpe algo lento con su brazo derecho. Parecía ya más recuperado. Lo evadí con mis dos manos y lancé mi mejor golpe de nudillos contra su rostro. Él hizo un movimiento propio del boxeo descendiendo y haciendo un círculo en rotación de su cabeza que burló totalmente mi golpe e inmediatamente arremetió contra mí con su puño izquierdo alcanzándome el hombro en mi movimiento defensivo y rozando levemente mi mandíbula; no obstante, tuve pérdida del equilibrio, pues estaba apoyado encima del butacón, un terreno desventajoso para el desplazamiento.

Lo vi reponerse totalmente frente a mí y sonreír irónicamente. Aún todos se hallaban en silencio en la sala. Emir me embistió con su puño derecho y yo salté primero detrás del butacón. Atacó otra vez y yo salté detrás del sofá. Él se volteó hacia Rico y los dos sonrieron plácidamente.

De pronto sentí miedo de morir, de no poder defender a aquellas personas de la violencia de tales degenerados, y miedo de perder delante de Lauren. Creo eso me ayudó. Cada instante empeoraba mi situación, pues mi contrario estaba ganando confianza mientras se recuperaba del golpe que lo dejó sin aliento. Entonces comenzó a empujar el sofá para arrinconarme entre él y la pared. Yo hice ligera resistencia buscando dos objetivos: uno, retrasar su maniobra dándome tiempo a pensar; dos, no agotar mis fuerzas

compitiendo en brutalidad con un adversario capaz de escapar de mis, al parecer, no tan eficaces técnicas, que me serían imprescindibles para evadir los ataques en un área que cada vez era más pequeña. Noté la satisfacción de mi rival y recordé la frase dicha por Marcelo sobre los más débiles, y de nuevo sentí mucho miedo de no saber quedar bien con mi maestro.

Emir, de manera inesperada, saltó ágilmente sobre el sofá. Yo fui más ágil y salté cayendo delante de él, pero en el suelo, recobrando mi estabilidad de apoyo sobre mis dos piernas. Emir lanzó con todas sus fuerzas su puño izquierdo en forma de swing sobre mi rostro, aparentemente a su alcance, pero ya yo había medido la distancia. La falta de apoyo sobre el mueble de esponja lo llevó a quedar inclinado hacia mí y con todo el lateral expuesto desde la axila hasta la cadera. Yo regresaba con todo mi impulso contra su peso corporal. Él no podría impedir su avalancha ni el talón de mi zapato izquierdo que, en una estupenda uchíro heri, se encajó en su parrilla costal, justo sobre la zona del bazo. Lo vi ponerse pálido, pero me sentía aún muy asustado y golpeé con rabia, más de diez veces, la misma zona con el puño cerrado y con una fuerza y velocidad desconocidas hasta ahora por mí, al parecer proveniente de mi propio miedo. Su cuerpo cayó inmóvil, con los ojos abiertos y sin respirar. Escuché un alarido de Ricondo. Aún desconcertado, me volteé y di un paso atrás; más no pude evitar, por instinto, elevar el brazo izquierdo en mi defensa, y sentí el ardor primero y luego la frialdad en mi antebrazo: me estaba sangrando.

- ¡hijo de perra, mataste a mi muchacho! Gritó Rico.

Yo estaba estupefacto. Envolví rápidamente el antebrazo con mi camisa; di dos pasos hacia atrás en forma de giro lateral esperando ya el inminente próximo golpe de Rico, que había desenvainado su bastón con el que me produjo una herida profunda, pero el espacio era escaso y ahora lo elevaba para repetir su “hazaña”.

Vi la rabia en sus ojos, mientras empujaba a Lauren contra Graciela haciéndolas caer. Lauren ayudaba a recuperarse a Graciela. Entonces, de pronto, vi caer a Ricondo de rodillas frente a mí. De su cuello brotaba abundante sangre. Detrás se hallaba Junín de pie, sereno, con un rostro de acero y otro bastón similar al de Rico. Creo, a juzgar por la profundidad de la herida, que lo golpeó con la misma fuerza con que había golpeado con aquel bate de aluminio a la pelota, pero esta vez enfocó mejor su intención.

El niño dijo en voz muy tenue, mirando el cuerpo rendido de Ricondo:

- Estos sables nunca fueron tuyos, ladrón.

El único sonido era el de la lluvia afuera. Graciela se repuso un poco y con voz calma ordenó a Junín:

- Ve y busca a Jerónimo. Dile que ya vamos a botar el “sofá viejo”.

Se dirigió entonces a mí:

- Ven, mi hijito, trataré de explicarte lo que pueda.

Laureen no quitaba la vista del cuerpo yerto de Ricondo. Sus ojos no expresaban nada. Estaba como ausente. Los dos cuerpos y la abundante sangre vertida por Ricondo hacían de aquella habitación un espectáculo digno de la época de los vikingos y no de esta, supuestamente más civilizada.

Capítulo 13

La verdad que me hizo libre

Mis pensamientos viajaron estrepitosamente hacia los recuerdos de mi padre, un hombre mezcla de severidad y cordura. Era un defensor férreo de la paz. Mi abuelo hubo de convencerlo para dejarme practicar con Marcelo. Ahora me sentía culpable de una muerte que en un inicio pude haber evitado. Me apenaba saber que el miedo me había controlado en alguna medida y eso me había hecho actuar desproporcionadamente. No eran esas las enseñanzas de mi Maestro: siempre se puede pelear con honor y evitar la muerte. Me confortaba un poco dudar de si Ricondo habría desenvainado el arma de todas maneras en contra mía o de cualquier otro presente. Me preocupaba lo que ocurriría con Junín, un niño culpable de asesinato, y pensé responsabilizarme con todo. Sabía que la ley, en este caso, favorecería Ricondo por el parentesco con Junín. Ir a la cárcel, en cualquier país de Latinoamérica, significa, lejos de reeducarse como es esperado, exponerse a convertirse en un verdadero delincuente o sufrir las peores consecuencias.

Graciela ocupó una de las sillas que, en muy mal estado, se hallaban en la habitación contigua y me brindó otra cerca de ella. Laureen se acercó hasta la puerta, se recostó al marco y en silencio quedó observando nuestra conversación.

- Laureen, sí se acerca Junín, dilo; hay cosas que él sabrá solo a su debido tiempo, si es necesario -le sugirió Graciela.

Ella asintió con su cabeza y ladeándola la dejó descansar sobre el marco de la inmensa puerta.

- Leandro, gracias por haberte portado a la altura

- del verdadero caballero que todos creímos siempre ver en ti. Debes comprender nuestra desconfianza a tu regreso. Tu unión con gente de clase un poco diferente en sus aspiraciones... tu aislamiento era natural luego de la muerte de Marcelo, pero comenzaste a trabajar con gente muy cercana a Rico y no sabíamos si también te relacionabas con él. Supe de tu visita a Jerónimo y me alegré, pero empeoraron las cosas al saber que pretendías trabajar para él.
- Eso no, nunca fue cierto Graciela –interrumpí.
- Hasta hoy no lo supe. Él no te conocía, si no hubiera evitado esta contienda. Ricondo y Marcelo pelearon en dos ocasiones... por una mujer -hizo un silencio y miró hacia Laureen, que permanecía totalmente inmóvil- Ricondo no salió bien parado de esas peleas. Tu maestro, al parecer sin intención y en su propia defensa, lo humilló públicamente, y no precisamente con palabras, pues él nunca quiso dar a entender que se hallaba en una situación en la que dos hombres casados pretendían a una misma mujer. En el caso de tu maestro, esa mujer era mucho menor que él en edad. Sus principios se vieron acosados por un deseo que compartimos por mucho tiempo y del que luego me supe responsable de no poder alcanzar: la sublime aspiración de tener hijos. La mujer se enamoró verdaderamente de él y quién mejor que yo para entenderla. Fue un hombre maravilloso. La relación entre nosotros

- terminó en contra de su voluntad. Él nunca quiso abandonarme y ocultó la otra relación mientras pudo, sin permitir jamás que yo percibiera su ausencia. Aún le estoy agradecida. No le guardo rencor a ninguno de los dos. El rencor es enfermizo. Esa mujer enfermó luego, y murió incluso poco después que tu maestro. Se llamaba Leonor y dejó dos hijas que Marcelo adoró mientras vivió. Ahora ya sabes quiénes son: Junín era su principito y a la vez el pan de la discordia que impidió que los incidentes entre los dos abuelos se pudieran olvidar. Así son las malditas coincidencias en una ciudad chica.

Yo estaba estupefacto y a la vez sorprendentemente tranquilo. Ella continuó:

- Cuando Marcelo murió, Rico arremetió con rabia contra sus hijas, pese al amor de su hijo por una de ellas, la mayor. Decidí entonces estar al lado de las hijas y del nieto de Marcelo hasta las últimas consecuencias después de la muerte de la madre. Pero Rico siempre fue un hombre con recursos: convenció al hijo a marchar a Estados Unidos para no continuar sintiendo en carne propia la antigua humillación. Su hijo tenía “papeles”, pero el niño y ella, no. Los convenció de correr el riesgo de la frontera, aunque en realidad los separó, y las cosas no salieron bien. Tal vez no fuera su intención, pero fue el total responsable. Hoy su hijo no quiere saber de él.

Un día Ricondo apareció con esos muebles de

lujo. Tratamos de no aceptarlos, pero dijo que también él se sentaba en esa sala. De hecho, más que a ver a Junín, se interesaba en Laureen, que ni siquiera ahora es aún una mujer para él, pero en eso no teníamos mucha moral por delante. Junín es muy inteligente y lo estuvo sobornando con unas fotos donde lo único de Laureen es el rostro. Ya ves que no era tan listo este señor. El truco de las cámaras rotas hacía el engaño creíble para sus lacayos, incluyendo a este infeliz que casi siempre lo acompañaba, y mira tú ahora cómo terminó - sentí pena y remordimientos, y bajé la vista al suelo.

Ellos lo utilizaron contigo cuando por casualidad pasaste cerca de mi casa y les dije que eras tú, el antiguo alumno de Marcelo. Laureen no quiso perder la oportunidad. Las alabanzas de tu maestro y algunas fotos tuyas fueron durante mucho tiempo las fantasías de una niña que poco a poco se convertía en mujer en una ciudad llena de hombres sin honor que la acosaban.

Su primer novio resultó ser un enviado de Ricondo, pero le robó a él mismo y por eso hizo que lo llevaran a la cárcel, casi injustificadamente.

Trató de explicarlo, pero la decepción de Laureen fue mayor. El próximo se interesó en ayudar, y ¿sabes cómo terminó? Ricondo amenazó con dañar a Junín porque Laureen lo vio cerca mientras le dispararon a Rafa. El hombre que lo hizo resultó un total desconocido.

Una tarde mientras Junín jugaba en la sala, desarmó una parte del sofá. No demoramos en descubrir el interés de Rico en guardar aquí tan costosos muebles. Él sabía que no nos sentaríamos mucho en ellos, pero no contó con la curiosidad del niño. El sofá es inmenso y hueco. Ahora servirá de ataúd para su dueño, La pelea con Laureen no era en vano: dentro del sofá había guardado seiscientos mil euros, la nueva moneda europea, y veinte mil dólares americanos, vaya usted a saber con qué intenciones. Al saberse descubierto, dijo que eran para enviárselos a la hermana de Laureen y a su hijo; pero ella nunca apareció y él comenzó a exigir que el dinero se le devolviera. Supe de tu posible partida y lo de viajar en cruceros. Pensé: si mi Marcelo no estaba equivocado contigo, serías la persona ideal para acompañar a su descendencia hacia otro país y con ese dinero poder apartarlos del daño que esta gente podrían hacerle. Yo estoy muy enferma y vieja para una travesía. La noche que tú pasabas frente a mi casa sin darte cuenta, fue la primera vez que no pude venir a ayudar en esta casa que les compró Marcelo a sus hijas con muchísimo sacrificio. Fue también la primera vez que Junín y Laureen fueron juntos a verme y se quedaron viendo filmes en la televisión hasta muy tarde. Qué casualidad que te vieran pasar y que esta niña inmediatamente te reconoció. Yo solo tuve que confirmárselo.

Bueno, las cosas ahora son más complicadas y hay que decidir rápido. Ayuda a ocultar los

cuerpos en el interior del sofá. Jerónimo prometió cremarlos en su antigua fábrica de cemento, ahora abandonada. No sé qué dirá cuando sepa que ahora son dos los cuerpos.

Respóndeme solo una cosa, mi hijo, sin que ningún compromiso moral te obligue... ¿Serías capaz de cuidar de la hija y el único nieto de tu maestro Marcelo y exponer nuevamente tu vida por ellos?

Yo miré a Lauren y respondí casi ceremonialmente temiendo por su opinión después de todo lo ocurrido.

- Si Lauren lo permite, podría dedicar el resto de mi vida solo a eso.

Lauren pareció despertar de su estado anonadado. Avanzó hacia mí y me puse de pie. Ella me ofreció sus manos; las tomé y las besé. Nos abrazamos y sentí su sollozo tenue como la luz del día que ya escaseaba afuera. No dejó de llover en toda la noche. Tampoco Lauren lo hizo en sus ojos mientras yo lo hacía por dentro, desde donde, como un murmullo, me pareció escuchar la voz de mi maestro decir: “El único momento que existe es el ahora”.

Capítulo 14

La huida

Con dinero se logra casi todo en los países menos desarrollados. Casi todo, porque el equipaje que llevas dentro no logras cambiarlo por ninguna cantidad.

La palabra *huir* nunca estuvo registrada en mis códigos éticos para una vida que aspiraba fuera sencilla: familia, amigos e hijos siempre fueron todas mis ambiciones.

Logramos cambiar nuestras identidades por un poco de dinero. Tuvimos que viajar de país en país durante tres meses. Irónicamente, tuve que servirme de los cruceros para evadir algunos trámites de rigor aduanal. En esos tres meses, fuimos casi por completo indocumentados en Europa, donde el dinero también hace de las suyas; pero los precios, para una falsa y duradera identidad, nos dejaron con poco más de la mitad del dinero con que contábamos. Finalmente compramos una propiedad en una zona rural donde por primera vez pretendíamos estabilidad.

Nunca más ninguno de los tres hablamos de los sucesos de aquella noche. Nuestra vida pasada quedó sellada para siempre. Ni siquiera cuando tuvimos noticias de la muerte de Graciela a través de Jerónimo recordamos nada respecto a aquella ciudad natal.

La propiedad contaba con unas veinte hectáreas ociosas y una casa en bastante buen estado, de cuatro dormitorios en altos. En bajos, un garaje y un molino de maíz abandonado, que quedaban justo debajo de los dormitorios. Al otro lado se

hallaba la sala, el recibidor, el comedor y una cocina al parecer para dar de comer a cien personas.

Yo decidí escoger la habitación más cerca de la escalera, pensando siempre en los peligros. A modo de caballerosidad y consciente de evitar un oportunismo de mi parte, sugerí la habitación contigua para Junín y al otro lado la de Laureen, que parecía no iba a recuperarse jamás después de aquella noche. Junín estuvo de acuerdo. Comparó la casa con la de algunos dibujos que intentaba en la escuela. Los ojos claros de Laureen quedaron clavados en los míos durante más de un minuto con la vivacidad mayor de los últimos tres meses, en los que solo se había hablado de qué comeríamos o dónde dormiríamos. Ella siempre durmió con su sobrino, excepto en tres ocasiones en las que dormimos los tres apiñados, con Junín al centro, propiciándole mayor calor. Junín adelgazó mucho durante el último mes. Esa sería la primera noche en que cenaríamos y dormiríamos como familia. Los miedos nos habían castigado ya por mucho tiempo y el liberarnos de ellos hizo aflorar un extremo cansancio físico y emocional.

La mayor parte de esa primera cena fue prácticamente comida pre-elaborada, traída de la ciudad. Solo un tiempo después supe lo que logra hacer una mujer hermosa cuando encuentra paz entre las cazuelas. Nos habíamos bañado temprano y todos estuvimos de acuerdo en ir a descansar

a nuestras respectivas habitaciones. Lauren me dedicó otro minuto de observación. Noté cierta satisfacción y placidez en su rostro, como si sus ojos recobrasen de nuevo alegría, pero fue tan sutil que creí era víctima de mi imaginación.

Todos juntos ayudamos a fregar la vajilla. Por un instante Lauren levantó la vista por encima de Junín y con una sonrisa perfecta mostró paz profunda.

Nunca me duermo antes de hacer un recuento de lo más importante y lograr equilibrio entre los planes del día siguiente y mi estado de ánimo para desarrollarlos.

Comenzaba a sentirme relajado cuando noté la puerta de mi habitación entreabierta. Me puse de pie para cerrarla, pero no había dado dos pasos cuando se abrió por completo.

Frente a mí se encontraba Lauren, con el rostro más sereno que le vi jamás. Estaba vestida con un ropón azul muy claro, con bordes y un lazo de peluche gris también claro, haciendo un contraste agraciado con sus ojos de un verde pálido frente la luz tenue de la habitación. Su pelo había modificado al menos ocho veces su color en los últimos tres meses, mientras cambiábamos de identidad, y ahora lo llevaba muy corto y de un rojizo caoba muy oscuro.

Nos miramos por un periodo que no podría calcular con tiempo del reloj.

- Convénceme con argumentos que te duren toda la vida de por qué vamos a vivir

- durmiendo separados -se recostó relajadamente a la puerta como si fuera a estar allí el resto de su vida esperando mi respuesta.

Yo me acerqué y la abracé como no lo hacía desde aquella noche olvidada. También sentí que podría estar así por el resto de mi vida.

Capítulo 15

El amor

No sé tampoco qué tiempo estuvimos abrazados en la puerta, donde solo se escuchaba el latir de los corazones con mucha fuerza. Escuchar el latir del corazón no es algo común, pero a mí me pareció lo más natural del mundo.

Llegó el momento en que aquel sonido volvió a ser imperceptible. Y entonces una calidez comenzó a invadir tímidamente nuestros cuerpos.

Separé a Lauren de la puerta con delicadeza, la besé en la frente, empujé suavemente la puerta con mi pie derecho hasta hacerla cerrar, como quien quiere evitar despertar a un recién nacido que comienza su siesta.

Tomé a Lauren por sus manos y la conduje hasta el borde de mi cama. Ella se retiró el ropón sin pronunciar palabras, mientras yo dejé escapar un profundo suspiro.

Me senté en el borde de la cama y sujetándola por sus caderas la acerqué a la distancia de mis labios.

No estoy seguro, pero quiero creer que fueron dos horas el tiempo que estuvimos dándonos caricias y besos. Recorrí su piel evitando repetir sus espacios. Una ternura indescriptible se hizo dueña de cada movimiento mío y de ella. Lo que sucedió después fue como fundir dos cuerpos en un acople perfecto, con movimientos tan rítmicos como prudentes, como si temiéramos hacernos daños con tanto amor. El deseo persiguió a la ternura toda la noche, dándole alcance en más de cuatro ocasiones en que la evasión de toda cordura nos

hizo abrazarnos con fuerza por temor a perdernos o a convertirnos en un solo ser sin identidad propia.

El amanecer menos deseado de mi vida nos rescató de la locura sin tiempo del amor.

Aquella noche me percaté de lo ciega que puede ser la pasión comparada con la luminiscencia del amor. Lauren nunca tuvo píxeles. Era parte del engaño de aquella noche primera, parches de nylon que mis deseos desenfrenados me impidieron descifrar después de la experiencia del cementerio.

En nuestros años de convivencia posterior, nos escapábamos en ocasiones de la trivialidad yéndonos al bosque, las playas desiertas, a algún motel de mala reputación y en esos lugares, como si los muertos de aquel cementerio reviviesen para recordar la lujuria, teníamos sexo desenfrenadamente, pero nunca en nuestra cama, allí siempre hicimos el amor.

Capítulo 16

Volver a la vida

Ocho meses aproximadamente nos llevó adaptarnos a la vida un tanto aislada. Cuando Junín se incorporó a la escuela, comenzamos a hacer tímidamente amistades. Habíamos dedicado gran parte de ese tiempo, yo a enseñar el idioma inglés a mi Laureen y a Junín, luego a aprender los tres un poco de una lengua local necesaria para las nuevas amistades. En nuestro nuevo estatus Junín fungía como hermano de Laureen, pues se hacía evidente no podía ser hijo nuestro por la edad de Laureen. Nunca hemos tenido dificultades con la identidad, ni asomo de peligro venido de nuestras vidas anteriores en América.

Junín me convenció un día de pintar aquella casa. Fue un primer intento que me ha llevado a cierto reconocimiento como artista de la plástica. Hoy gano más como pintor que como diseñador. Al parecer, no estaba tan errado Junín cuando me pidió le enseñase a dibujar.

A los cinco años de estar viviendo allí, Junín decidió unirse a una escuela cristiana para hacer el bachillerato, continuar estudios teológicos y convertirse en pastor. Mi única preocupación al respecto era si lo hacía por vocación o por el arrepentimiento en busca del perdón divino. Por lo demás, le respetamos su decisión.

Hace más de un año tuvimos Laureen y yo el regalo divino de una niña intranquila que vino a llenar el vacío dejado por Junín. Hoy sabemos que Junín, al terminar sus estudios, partirá a

convertirse en misionero en países pobres de Latinoamérica. No nos ha traído inconformidad o, al menos, ninguno de los tres ha abordado el tema con profundidad, quizás evitando retomar aquella historia de la cual no quedó nada entre nosotros.

Yo continuó escuchando los mensajes a través del tiempo, donde creo escuchar a quien hoy es muchísimas cosas para mí: mi maestro, mi guía, mi suegro, casi mi padre y más que eso, en un sentido espiritual, Mi Hermano.

A los tres meses de haber nacido nuestra hija Joliset, mi Laureen comenzó a padecer, de manera progresiva, de pérdida de la visión. Los doctores dicen se trata de una arteritis de la retina de causa autoinmune, como si el propio organismo no reconociera esa parte de él y la atacara. Los vasos sanguíneos inflamados impiden llegue adecuadamente la sangre a esa estructura tan sensible.

Tuve que soportar, con el dolor anímico más grande que haya sentido jamás, ver cómo se le inyectaban dentro del globo ocular medicamentos esteroides. Estas inyecciones provocan un aumento de volumen del globo ocular que pareciera fuera a estallar.

Los médicos han concluido que la enfermedad ha disminuido su avance, pero progresará lamentablemente hasta la ceguera total. No puedo evitar decir que me parecieron monstruos por la forma tan fría con que dieron el dictamen.

- No podemos hacer nada más –concluyeron.

Mi Laureen me ha dicho que no tiene importancia, que yo puedo ser sus ojos en el mundo por el resto de su vida.

He tenido que dar la vuelta e irme lejos de ella -no como un niño que no aprendió, sino como un hombre que ama con todas sus fibras- a echarme a llorar desconsoladamente.

Junín no tuvo el valor de enfrentar nuestra ahora desconsolada realidad y ha preferido mantenerse orando y en recogimiento espiritual.

Capítulo 17

La voz del maestro

Durante los tres meses posteriores al dictamen final de los especialistas de mayor reconocimiento que encontramos en Oftalmología, mi situación emocional era desesperante: no lograba atender con delicadeza a nuestra hija y hasta creo que inconscientemente la culpaba de nuestra situación, pues los médicos asociaron los cambios hormonales durante el embarazo con la puesta en marcha de la enfermedad. Explicaron sobre una afectación casi fisiológica de la retina durante el embarazo, que luego regresa por sí sola, y en ese transcurso surgió lo que llamaron “el evento”. Me estaba odiando hasta a mí mismo. Lo único que quería era estar al lado de Laureen y complacerla en todo.

En medio de tanto desequilibrio, la voz de mi maestro dejó de ser un murmullo para ser cada vez más clara, como si alguien hablase detrás de mí, provocando incluso que en muchas ocasiones me volteara a ver si había alguien.

Llegué a pensar con toda reserva si no estaría enloqueciendo. Recibí ayuda especializada, pero no logré mucho.

En cierta ocasión, uno de los psiquiatras con el cual hoy día mantengo excelente amistad, me preguntó muy serio:

- ¿Y qué es lo que te dice la voz?

Yo no respondí nada, pero comencé a dedicarle tiempo a descifrar el mensaje, considerando la posibilidad de estar verdaderamente loco.

En un principio creí que hacía referencia a aquel estilo marcial inconcluso por mí debido a los problemas con las asignaturas de la Universidad y que me llevaba a aprender a pelear con armas tradicionales. No podía aceptar que en mi locura yo me estuviera recriminando por algo que, en estos momentos, para mí no poseía la más mínima importancia. El psiquiatra me había hablado de la voz del propio ser interior o del inconsciente, aceptada por algunos especialistas.

Me parecía escuchar la palabra kobu do. Al menos era lo más parecido que yo conocía, sobre todo que se relacionara con Marcelo.

Una mañana me desperté sobresaltado. Me pareció que la voz me había hablado justamente al oído y con toda claridad: - Cuba, ve. Cuba, ve.

Hice averiguaciones. En Cuba había especialistas reconocidos internacionalmente. Quizás uno de ellos podría ayudar definitivamente a mi Laureen. No me fue difícil llegar a ese país caribeño, ni previamente solicitar atención médica mediante un procedimiento denominado “Turismo de salud”.

Al llegar todo fluyó de maravilla. La niña se mantuvo saludable a pesar de algunos comentarios “higiénicos” que se hacen maliciosamente por Internet respecto a este país.

El trato de los especialistas fue totalmente diferente al despectivo recibido en Europa. No estoy haciendo una crítica ética, es tal vez

Simplemente el calor latino que nos hace diferentes. Aunque ahora sé bien que los caribeños tienen también su sello característico, muy en especial por los que personalmente he conocido. En ningún momento me quitaron la esperanza de que Laureen pudiera recobrar su visión. Hicieron sus estudios de manera muy reservada y cuidadosa. Dijeron querer evaluar la posibilidad de utilizar un derivado o similar del interferón pensando en alguna infección viral no detectada en su justo momento, pero de momento no podían decidir nada. Propusieron una próxima entrevista postergada y el cielo se me derrumbó en un segundo recordando el carácter progresivo de la enfermedad.

Una de las doctoras que notó mi estado me sugirió entrevistarme con algunos médicos alternativos, llamados en Cuba, *médicos tradicionales asiáticos*, a pesar del arsenal de métodos diferentes que utilizan y no solamente el método chino como se pretende mostrar.

Lo hice, pero el resultado no fue tampoco muy alentador. Con dolor me confesaron de la escasez de algunos recursos, pues, aunque menos costosa, su medicina dependía de algunas pocas donaciones que recibían esporádicamente por parte de algún especialista atrevido de otro país que a veces, so riesgo de tener dificultades, lo hacían.

Estas personas me parecieron de otro mundo. La dulzura y calidez del trato era excepcional, tanto con Laureen como con la niña y conmigo.

Finalmente me indicaron suministrar a Laureen algunos medicamentos homeopáticos y tradicionales chinos, pero la evaluación debía ser periódica, para decidir los cambios de medicamentos.

Hicieron muchas preguntas relacionadas con el funcionamiento hepático, pero como hasta ahora nadie se había interesado en ello no les pude ofrecer la más mínima información.

Les prometí intentar volver en seis meses y eso los alegró como si fuesen ya de mi familia.

Estando por llegar a recogerme el auto para marcharnos del lugar, se interesó en conversar con nosotros un galeno que permaneció todo el tiempo escuchando. Nos dijo que había sido invitado por uno de sus colegas, pero que él no trabajaba allí.

Se hacía tarde y lo invité a almorzar al día siguiente en el hotel antes de irnos al aeropuerto. Él prometió estar en el lobby alrededor de las diez de la mañana para comenzar con lo que llamó entrevista.

Capítulo 18

La conversación con el galeno

Aquel hombre se presentó en el hotel justo diez minutos antes de las diez. Había prometido ser puntual.

Nos llamaron de la recepción y llegamos justo a la hora acordada.

La manera en que vestía era tan corriente como desapercibida. En realidad, también su forma de comportarse era diferente a la de los médicos tradicionales que conocimos el día anterior. Me recordaba la firmeza y severidad de mi padre, aunque, cuando oportunamente sonreía, se convertía por instantes en alguien totalmente diferente y afable.

Trató cada uno de los temas con carácter verdaderamente solemne.

- Cada cual debe respetar el ángulo de apreciación que otros poseen para acercarse a ese proceso de desequilibrio mal llamado enfermedad. Yo, en particular, me intereso en las causas relacionadas con las situaciones de vida que puedan provocarlas. Esto confunde a muchos que, desconociendo el método, creen se trate de algo místico -en ese instante se puso algo serio, pero inmediatamente sonrió.

Hablaba en diferentes tonalidades e intensidad de voz, como si la estuviera adaptando, mientras miraba dulcemente a mi Laureen, hasta que llegó el punto en que la mantuvo el resto del tiempo en una cadencia estable, sobre todo cuando se refería a Laureen o le hablaba directamente.

Hizo preguntas que nunca imaginé hiciera un galeno a un paciente, sobre todo aspectos de su vida más íntima como sexualidad, preferencias y gustos, las cosas que odiaba de todo y de todos; le preguntó si se sentía cómoda respondiendo delante de mí y clavó la mirada en su expresión como para descubrir si decía verdad. Ella respondió que sí y, al parecer, quedó complacido pues se tornó más cálido en el trato.

En realidad el hombre me despertó cierta desconfianza y hasta celos respecto a cómo miraba a Lauren.

- Es normal que sienta desconfianza, pero necesito nos conozcamos para poder ayudarla - lo dijo como si adivinara mis pensamientos.

Con otra persona cualquiera eso me hubiese inquietado, pero con él resultó gratificante.

Se nos fueron dos horas conversando como si fuéramos amigos de la infancia. Vi a mi Lauren reír como no lo hacía desde hacía meses. Sentí celos. Hoy no sabría cómo agradecerlo.

El almuerzo fue ameno. El galeno se interesaba mucho en la infancia de Lauren. En algún momento me pareció algo ansioso, miró su reloj y me preguntó:

- ¿Ustedes siempre se llamaron así?

Yo no sabía cómo salir de aquella situación. Lauren me buscó con la poca visión que le quedaba, pero no pareció nerviosa. Lo invité a tomar un trago. Volvió a mirar su reloj; sin embargo, no parecía tener prisa. Le pregunté por su tiempo y respondió:

- Solo un güisqui para amenizar. Por lo demás, nunca tengo prisa, solo que las prioridades van cambiando según el tiempo del reloj y debo estar atento de saber que esto ocurre. A partir de ahora ya son mi única prioridad del día.

Se quitó el reloj y lo guardó cuidadosamente en uno de sus bolsillos. Sonrió complacido y respiró profundo.

Al llegar a la cantina retomó el tema que parecía haber olvidado:

- He notado su desconfianza y espero esto no dañe el resultado de nuestra entrevista. Su esposa parece como si le faltase algo importante por decir. No la voy a presionar, no cumpliría función alguna si despiertan desconfianza mis preguntas. Por otro lado, debe saber que el sonido que más se escucha durante la vida es el propio nombre de la persona. Esto influye en alguna medida en la forma en que se estructura la personalidad, tiene cierta importancia. Ustedes no muestran la respuesta natural esperada cuando se les llama por sus nombres. No quiero saber cómo se llaman, solo ayudar. Si lo considera un inconveniente me retiro cuando usted desee.

Yo no sabía realmente cómo comportarme en tal situación. Me daba la impresión de que este hombre sabía lo que estaba pensando cuando sonriendo me dijo:

- Ah, no sé lo que usted ni nadie piensa; son solo métodos para conocer, no al pensador, sino al

que se encuentra un poco más en lo profundo, al que siente.

Aquello me hizo recordar a Marcelo con tal intensidad que me parecía estar hablando con él en ese momento. Entonces no sé cómo ni por qué, sin pensar en el más mínimo peligro que podríamos correr todos, le conté a aquel extraño la historia atragantada en nuestros corazones un tiempo ya irresistible.

Mientras contaba, el hombre permaneció en silencio. En algunos momentos miraba a Laureen, que jugueteaba con la niña. Hacía como si no prestara atención. En parte eso ayudó a que le pudiera narrar detalles que pensé no contaría jamás a nadie.

Al terminar me dijo:

- Las personas nos identificamos más con un sentido que con los otros, cada cual de una manera peculiar, aunque existan clasificaciones. En su esposa parece predominar el sentido visual. Eso explica su amor por usted antes incluso de conocerlo y reconocerlo tan fácilmente la primer a vez que lo vio, cuando su única referencia eran tan solo fotos. Sabe, la historia de ustedes es muy significativa. Esa parte que ocultan por necesidad es su centro. Su esposa necesita visualizar su vida como lo hacemos todos, pero se lo ha estado negando por mucho tiempo. Usted, en cambio, es más auditivo. Esa cualidad incluso lo ha traído a este país. Por favor, no tema, no los juzgaré por ninguna

razón. Sé que recordar esta historia entre ustedes puede resultar traumático; sin embargo, es una historia bella con solo alguna que otra capuza irremediable. Busquen el perdón en la propia aceptación de los hechos. Están pagando demasiado caro e innecesariamente algo que simplemente no se pudo evitar. Permítame escribir esta historia para Lauren. Lo haré con gusto y se la enviaré para que la lea. Por supuesto, estará implícito todo el cuidado y la delicadeza, pero sin que falte la verdad desnuda y necesaria para que recobre el espacio mental correspondiente. Su esposa necesita “ver” su propia realidad.

Tampoco sabría explicar cómo acepté tal proposición sin contar con Lauren, pero todo lo que pudiera ayudarle para mí se hacía imprescindible.

Le di a aquel hombre, con más aspecto de sacerdote que de médico, una dirección segura en Internet. Se despidió gustoso de los tres y nunca más lo he vuelto a ver.

Capítulo 19

La historia de un milagro

Habían pasado diez semanas cuando, vía Internet, llegó el correo con un adjunto que decía: “Para sanar el alma”.

Vi que se trataba de un envío de aquel raro galeno que tanto alivio trajo a mí después de aquella entrevista, que más bien resultó una confesión. No sé por qué ni cómo, pero muchos de mis miedos habían desaparecido y mi Lauren se convertía en reflejo de una mayor tranquilidad en mí.

Los oftalmólogos se mostraban escépticos con los tratamientos alternativos, pero lo cierto fue que, más allá de todo pronóstico, la enfermedad de Lauren se mostraba estacionaria. En ocasiones ella me hablaba de que sentía que iba a mejorar y yo sospechaba lo decía para hacerme sentir mejor. La sonrisa que provocó el galeno en La Habana no la había perdido desde entonces y hacía que recordara a aquel afable hombre cada vez que sonreía.

Tomé el manuscrito digital y lo imprimí cuanto antes, lo leí y hallé lógicas todas las variaciones que introdujo, como también atrevidas algunas escenas que se consideraban privadas. De todas formas, me sabía en el anonimato y disfruté de ese privilegio para verme a mí mismo desde un ángulo diferente. Recordé la importancia que decía tener para mi Lauren.

Estuve investigando en Internet y encontré algunas cosas sobre el tema. Me resultaron interesantes primero y luego muy útiles para la vida práctica, aunque debo reconocer no esperaba más que poder alegrar un poco a mi Lauren.

Esa misma noche, sin previo anuncio, cuando fuimos a la cama comencé a leerle a Laureen “nuestra historia”.

Me resultó sorprendente ver que no se asombró en lo más mínimo de escuchar aquella lectura. Parecía estarla esperando. Yo estaba seguro de que ni el médico ni yo le habíamos comentado nada. De pronto, sus ojos comenzaron a llorar mientras su rostro quedó tranquilo como si perteneciera a otra persona. Recordé aquel día en el cementerio. Como si adivinara mis intenciones, me dijo:

- No dejes de leer. Esto nos hacía falta desde hace ya mucho tiempo.

Sus ojos continuaron llorando pero su rostro mostraba complacencia ante la narrativa que estaba escuchando. No preguntó nada, ni siquiera quién lo había escrito. Cuando llegó el final, ella y la niña se encontraban dormidas, ella con rostro de satisfacción. Esa noche sentí que dormía entre ángeles.

A la mañana siguiente, después de servirle el desayuno y sabiendo que yo había desayunado antes, me preguntó si podría volver a leer para ella. Sospeché si no me estaría ocultando algo nuevo: se mostraba más animada y disfrutaba enormemente las descripciones de las escenas entre nosotros dos.

Cuando llevaba ya diez días complaciendo a Laureen con la lectura matutina, ella se levantó de la mesa y me dijo sonriendo y orientada hacia la ventana del comedor:

- Mañana quiero me lleves hasta aquel árbol de flores carmesíes y allí releas nuestra historia. Creo que nunca me va a aburrir.

Yo hacía mucho no reparaba en lo que había o no después de nuestro jardín, incluso ni dentro de él sabía qué había con exactitud.

Me levante yo también de la mesa y fui a la ventana. Hice un recorrido visual de todo cuanto había en el jardín pensando en algún recuerdo de Lauren que le había llevado a hacerme aquella petición. Ella se acercó por detrás y me abrazó. Esta vez sí lloraba con todo el cuerpo. Cuando traté de consolarla, levantó su brazo derecho y con el dedo índice apuntando hacia fuera me dijo:

- Mi amor, aquel árbol de allá.

¡El árbol que mi Lauren estaba señalando se encontraba a más de doscientos metros de la ventana! y era cierto que tenía flores carmesíes. Nadie con su limitación visual habría podido apreciar ese detalle.

Me volteé llorando a la par de ella y solo le pregunté:

- ¿Desde cuándo?
- Ha sido poco a poco, desde que me lees nuestra historia.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Me vino de golpe toda una cadena de sucesos: la enfermedad, mi desajuste emocional, la voz de mi maestro, mi supuesta locura, los médicos tradicionales y, finalmente, aquel que decidió contarme mi propia historia rompiéndome los miedos y prejuicios más absurdos y profundos que

me podría imaginar. De pronto se me escapó una pequeña frase, esta vez dirigida a muchos y a todo.

- ¡Gracias, Maestro!

Recordé a Junín en su retiro espiritual y, no sé por qué, la imagen que me vino a la mente fue la de Jesús.

Cuando el médico cubano supo de la gran mejoría de mi Laureen, me pidió lo autorizara a publicar la historia.

Prometió que si se vendía, dedicaría la mayor parte del dinero a ayudar a muchos con recursos necesarios para llevar a cabo una medicina realmente holística, una medicina que integre todas las aristas de un ser humano. Me dijo lo haría a nombre de todos los latinoamericanos que por diferentes razones viven fuera de su país sin poder regresar y no a nombre de ningún partido político o sistema de gobierno hipócrita de este mundo.

Accedí luego de consultarlo con Laureen que, fuera de todo pronóstico “científico”, continúa mejorando.

No puedo asegurar cuál es la causa fundamental de su mejoría, quizás todo en su conjunto.

Otros títulos de la editorial

Versos y mariposas

Poesía

Mical Guillot

Bitácora Omega Alfa

Novela

José Tomás García

Un amor en los ochenta

Novela

Manuel Vázquez Portal

Decreto de amor

Narrativa

Liesel Inmaculada Díaz

Historias y destinos

Narrativa

José Tomás García

Caudal de sentimientos

Poesía

Aly Cordoves

Sentimiento de culpa

Novela

Enrique Meitin

Publicado por:
Publicaciones Miami editorial
Diciembre 2012